LA REVOLUCIÓN SOCIAL

SEBASTIÁN FAURE



Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)
E-mail: ekinarenekinaz@ymail.com
2008eko urrian argitaratua

Índice



Introducción

- B. Cano Ruiz -

En junio de 1929 yo conocí a Sebastián Fauré en París. Con motivo de verme envuelto en el proceso incoado por asociación clandestina a raíz de la creación en Valencia de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en 1927, hube de abandonar España y me refugié en París. A las pocas semanas de haber llegado a la capital francesa acudimos a una conferencia de Sebastián Faure titulada "Por qué no creo en Dios". Aunque yo no conocía el idioma francés como para saborear con todo deleite la elocuencia de Sebastián Fauré, aquella conferencia dejó en mí una huella que nunca se borrará, pues mis deficientes conocimientos en la época de aquel idioma no me impidieron entusiasmarme ante la lógica incontrovertible, la claridad y la vehemencia de los argumentos que Sebastián Fauré desarrollo para explicarnos su ateísmo. Es innegable que la brillantez de aquella y sus otras conferencias se debían en gran parte a las excepcionales dotes de orador que Sebastián Fauré poseía, pero a ello hay que añadir que Fauré era un@ de l@s más prestigiad@s pensadores que ha tenido el anarquismo en todas sus épocas, y su obra como divulgador de este ideal no ha sido igualada aún por nadie.

Sebastián Fauré nació el 6 de enero de 1858 en Saint-Etienne (Francia). Nacido en el seno de una familia acomodada —su padre llegó a ser alcalde de Saint-Etienne, cónsul en España y Caballero de la Legión de Honor— fue educado en la más estricta disciplina religiosa y preparado para el sacerdocio. A la muerte de su padre, cuando ya le faltaba poco para ordenarse, regresa al seno familiar y se reintegra a la vida normal. La vida fuera del seminario le descubre aspectos hasta entonces desconocidos que le muestran las bellezas y las fealdades de la vida social, y se acentúan en él las dudas que en el propio seminario le habían atormentado con respecto a la religión. Entra entonces en relación con los medios librepensadores, de sólida raigambre en Francia y, según él mismo refiere, en 1887, establece contacto con las ideas anarquistas. Y sus dudas religiosas se convierten definitivamente en un franco ateísmo que compatibiliza de manera magistral con las concepciones generales del anarquismo.

Desde entonces, paso a paso, Sebastián Fauré hube de recorrer un camino largo, no exento de dificultades, hasta convertirse en el divulgador más capaz y famoso del anarquismo y una de las figuras más destacadas de la intelectualidad francesa.

En 1895, en colaboración con Louise Michel, la "Virgen Roja", la célebre heroína de La Commune, fundó el periódico "Le Libertaire", que aún en nuestros días es órgano semanal de la Federación Anarquista Francesa.

Siguiendo el ejemplo de Francisco Ferrer i Guardia en España, Sebastián Faure estableció una escuela moderna, un internado que él llamó "La Ruche" (La Colmena) en la cual durante algunos años se educaron niñ@s orientad@s por los más modernos y libres métodos de enseñanza.

Durante su larga vida, pues murió a los 84 años de edad, Sebastián Faure dio centenares de conferencias, unas en célebres giras por todo el territorio francés y otras en las principales capitales, sobre todo en París.

El clero francés no le perdonaba su propaganda antirreligiosa y le lanzaba a sus más prestigiados oradores a contravenirle en sus conferencias públicas, los cueles siempre salían mal parados. Nosotr@s recordamos una conferencia dada por Sebastián Fauré en Niza, titulada "Si je nurais demain" (Si yo muriera mañana), que era una especie de testamento en el que explicaba las razones de su posición ideológica y su paso de la religión al ateísmo, en la que un abate famoso por sus condiciones de orador y polemista subió a la tribuna para defender la religión, y tras la segunda intervención de Sebastián Faure, el atribulado abate confesó que "las extraordi-

narias cualidades de Sebastián Fauré como orador imposibilitaban controvertir sin hacer el ridículo».

La obra escrita de Sebastián Fauré es muy extensa. Casi todas sus conferencias han sido convertidas en libros y folletos que se han traducido a todos los idiomas. El dolor Universal fue una de las primeras grandes obras que Sebastián Fauré escribió (1895); después se publicó Mi comunismo y luego fueron apareciendo toda esa serie interminable de pequeñas obras donde se desarrollaron los más diversos temas que afectan a la vida social... Mas toda la vida propagandística e ideológica de Sebastián Fauré, culminó en la Enciclopedia Anarquista. La idea de hacer una enciclopedia donde se tratara de manera comprensible y "enciclopédica" el conjunto de las concepciones del anarquismo se había convertido desde largo tiempo en un verdadero anhelo de Sebastián Fauré, hasta que en unas reuniones habidas el 21 y el 25 de enero de 1925 en París entre el "Groupe Internationale Anarchistes", "L'Ouvre International des Editions Anarchistes" se acordó convertir en realidad el proyecto presentado por Sebastián Fauré. Y éste supo de inmediato rodearse de figuras tan competentes como Luigi Bertoni, Pierre Besnara, Gerard de Lacaze-Duthiers, Jean Marestán, Han Ryner, Emile Armand, Voline, Ugo Fedeli, André Lorulot, Agustín Souchy, Max Nettlau, Aristides Leperye, Pirre Archinoff, Víctor Meric, Camilo Berneri, Ixegrec, Hem Day, Errico Malatesta y much@s otr@s cuya lista sería interminable, que le ayudaron en la redacción de los vocabulos hasta completar 2.896 páginas que contiene desde la letra A hasta el vocablo zoología. En esta obra, que consta de cuatro tomos, hay muchas definiciones debidas a la propia pluma de Sebastián Fauré.

Sebastián Fauré murió el 14 de julio de 1942 en Royan, cuando Francia estaba ocupada por las tropas nazis.



- B. Cano Ruiz -

Estos conceptos de Sebastián Fauré sobre la revolución social fueron con destino a la Enciclopedia Anarquista para aplicarse al vocablo correspondiente a revolución. Debió ser redactado este trabajo poco antes del año 1930, pues se hace en él referencia a la dictadura de Primo de Rivera, en el Estado Español, y aquella dictadura ya había terminado para ceder el lugar al gobierno breve de Berenguer, hasta que en abril de 1931 se proclamo la República.

Teniendo presente la fecha en que fue escrito este trabajo se comprenderá que algunas consideraciones referentes a lo que era actualidad en aquella fecha ya tendrían que variarse en nuestros días, pues en el tiempo transcurrido se han producido cambios de mucha envergadura y muy significativos en cuanto concierne a los hechos revolucionarios. No obstante, las ideas que Sebastián Fauré expone aquí son fundamentalmente las verdaderas concepciones anarquistas sobre lo debe ser la revolución. Y, además, los pocos vaticinios que el autor apunta sobre la realidad de las llamadas revoluciones de signo autoritario se han cumplido sobradamente durante estos últimos periodos de la historia contemporánea. La desaparición de las colonias, el surgimiento y practica desaparición de las dictaduras proletarias, acontecimientos acaecidos en la segunda mitad del siglo XX, han dado la razón a Sebastián Fauré en cuanto a estos asuntos se refiere en el presente estudio.

Y este tema ha encajado perfectamente con la personalidad ideológica de Sebastián Fauré, quien fue mucho más sociólogo que filósofo. De ahí que estas ideas del gran anarquista francés sean el reflejo fiel de su pensamiento integral sobre la revolución. Pensamiento que seguramente suscribirán una inmensa mayoría de l@s anarquistas militantes esparcid@s por todo el mundo.

La revolución Social

La ley de la "evolución" encuentra, casi siempre, en todo y por todas partes, su aplicación. El valor y el sentido de las palabras no se substraen, y, la significación exacta, el alcance preciso de un término varían según los tiempos y los lugares: en el mismo lugar, según el tiempo; y en el mismo tiempo, según los lugares.

La palabra "revolución" es, a buen seguro, una de las que más han perdido su exacta significación a las circunstancias de tiempo y de espacio. Tanto es así que tal acontecimiento que en una época determinada y en el seno de circunstancias definidas hubiese constituido una "revolución", no deberá ser tenido por tal en toda otra época y en el seno de las demás circunstancias.

Durante unos tiempos, ha bastado una insignificante modificación en la Constitución política de una nación, de un cambio brusco en el alto personal gubernamental, o de la introducción en la legislación de un país de ciertas disposiciones concernientes a las reglas esenciales del Derecho, a los preceptos de la Moral o a los principios de la Religión dominante, para que esta transformación, a pesar de que no atente a los fundamentos mismos del régimen social en curso, fuese como una revolución.

Mas pasaron aquellos tiempos.

La Historia ha registrado numerosos hechos calificados de "revolución". Y no sin razón se les ha designado así, habiendo producido la subversión más o menos considerable que engendraban en la hora y en las condiciones en que estallaban. Iguales hechos o análogos, si se produjesen en nuestra época pasarían como simples y poco profundas reformas sufridas por el orden social actual.

El error de las revoluciones pasadas.

La experiencia ha establecido que estos acontecimientos sin profundidad real, sin resultados positivos no han sido más que crisis pasajeras, provocadas por un estado de fiebre momentáneo; habiendo decaído la fiebre y finalizada la crisis, el estado de cosas anterior es restablecido más o menos pronto, sin que haya sido seriamente transformado. En el pasado, han sido numerosas las revueltas, las insurrecciones, las sublevaciones populares dirigidas contra los principios y las instituciones reinantes en el orden existente; pero la casi totalidad de estos movimientos se ha reconocido impotente para realizar el fin señalado, porque estas revueltas, estas insurrecciones, estas sublevaciones populares atacaban a los efectos aparentes, descuidando la causa, entonces ignorada, de estos hechos; de suerte que al no ser suprimida la causa, los efectos no tardaban —y era inevitable— en reaparecer.

En nuestro tiempo, para constituir una "revolución" es indispensable que la transformación, vasta y profunda que supone tal acontecimiento, no ataque solamente al mal que dicha revolución pretende atenuar o vencer, sino a la causa misma de este mal.

Si las revoluciones pasadas, aun comprendidas las más considerables hasta ahora —Revolución Francesa de 1789, y la Revolución Rusa de 1917, para no citar más que dos de ellas— no han dado más que imperfecta y parcialmente los resultados que se proponían es porque se han quedado detenidas a medio camino y no han proseguido hasta el final el objetivo que se les había asignado.

Era fatal que ocurriese así, porque, manifestándose el mal en plena luz, en tanto que la causa de este mal quedaba en la sombra, se creía —de buena fe tal vez— poner término a la infección que se intentaba hacer desaparecer, mientras que dejando el foco de infección intacto, aquélla no tardaba en renacer.

En Francia, l@s revolucionari@s de 1789, habían pensado que con reemplazar la monarquía

por la república y con sustituir los deberes del sujet@ por los Derechos del Hombre y del Ciudadan@ terminaban su tarea, pero después se manifestó cada vez más clara y fuertemente la insuficiencia de un tal resultado. En Rusia l@s revolucionari@s de 1917, estimaron que reemplazando la dictadura de l@s Romanoff y de la nobleza rusa por la de l@s campesin@s y obrer@s, fundarían sobre las ruinas de un régimen social de despotismo político y de explotación económica, un estado regido —al menos en apariencia— por el proletariado de las ciudades y del campo y que concentrando en las manos de este poder llamado "proletario", toda la potencia política y económica, dotarían al pueblo ruso de un régimen social que pondrían fin a los escándalos, a los abusos, a las ilegalidades y a las iniquidades del zarismo; dieciséis años después de las jornadas revolucionarias de octubre del año mil novecientos diecisiete, han quedado doblegadas a un yugo y sometidas a una explotación que no son sensiblemente menos duros que antes.

El error en que han incurrido todas las revoluciones pasadas es de haber limitado su esfuerzo a un objetivo parcial, cuando era indispensable extenderla a un objetivo total. Unas han sido exclusivamente morales, específicamente políticas o únicamente económicas, las otras. Todas se han descuidado de romper, en una organización donde todas las instituciones que proceden del orden moral, político o económico, están, indisolublemente asociadas, el vínculo que las une estrechamente, las suelda y las ajusta en un todo homogéneo y compacto. De este error ha resultado que, debilitada en ciertos puntos la organización social existente, se ha encontrado en la necesidad de fortalecerse en otros, a fin de que, roto, más o menos profundamente por la sacudida revolucionaria, el equilibrio indispensable de la vida de toda sociedad sea restablecido en un tiempo más o menos largo.

La revolución social.

De las precedentes constataciones y aplicando estas observaciones a los tiempos actuales, se desprende que, en el presente, toda revolución que destruye una parte de la estructura social, dejando en pie la otra parte, no será más que una media revolución, una revolución frustrada.

No es sin motivo que, en este artículo, la palabra "revolución", es acompañada de la palabra "social". Este adjetivo tiene por objeto calificar con un término preciso la revolución que está en vías de preparación, encaminada. Respondiendo a las necesidades del momento, inspirándose en las necesidades, en las aspiraciones y en la voluntad de la humanidad, llegado el siglo XX, fluyendo un estado social, donde los problemas políticos, económicos y morales, se entrelazan a tal punto que no podrían separarse más que por las necesidades de una clasificación artificial destinada exclusivamente a facilitar su estudio, la revolución que se impone será "social" o no será. Esta revolución social tendrá por objetivo y deberá tener por resultado el romper el contacto social que actualmente codifica las relaciones de toda clase que la complejidad de la vida individual y colectiva a cada un@ y a tod@s, y de establecer un contrato social enteramente nuevo con principios totalmente opuestos a los del contrato actual. Imaginar y admitir que tendría que hacerse de otra manera, sería dar prueba de una imperdonable inexperiencia o de un inexcusable candor.

Cuando digo que esta revolución se hará y que debe de ser "social", sin lo cual no se hará, entendido afirmar por este calificativo que la revolución deberá ser a la vez política, económica, intelectual y moral.

Entendido sostener que, teniendo por finalidad destruir completamente el edificio social, ni deberá descuidar, ni respetar, ni ahorrar parte alguna, a fin de que no quede piedra sobre piedra.

La palabra revolución es sopeteada.

Yo recuerdo cómo hace cincuenta años —¡oh, tiempo de mi juventud, qué lejos estás!— la impresión de terror que la palabra "revolución" ponía en el mundo burgués. Esta palabra entonces tenía una significación de la cual no era posible desprenderse: "revolución social", significaba: confiscación pura y simple, sin indemnización de ninguna clase, de las fortunas particulares; supresión de todos los privilegios que el nacimiento, la instrucción, las protecciones influyentes, la riqueza y el poder confieren injustamente a un puñado de individu@s; destrucción de este armatoste de violencia colectiva, de represión sistemáticamente organizada, partiendo del infect@ pequeñuel@ que denuncia, al innoble verdugo que ejecuta, pasando por el policía y gendarme que l@ detiene, el magistrad@ que condena y el carceler@ que encierra; abolición del Estado y de todas las instituciones de engaño, de opresión, de latrocinio, de explotación y de iniquidad que emanan y dependen del mismo: parlamentarismo, magistratura, policía, ejército; destrucción de las imposturas jurídicas, patrióticas, familiares, religiosas, intelectuales y morales que paralizan el empuje y detienen el libre desarrollo del individu@; desaparición de todas las tiranías, explotaciones, filibusterías, ilegalidades, mentiras, competiciones, odios y draconismos sin nombre, que llevan el sello de todo medio social, en el cual hay, en perpetuo y fatal conflicto, ric@s y pobres, asalarientes y asalariad@s, gobernantes y gobernad@s, am@s y esclav@s, jefes y subordinad@s. Tal era entonces el contenido de la palabra "revolución".

No se abusaba de esta palabra, mientras que l@s que se exponían a pronunciarla o escribirla —algunas unidades en la inmensa multitud—, se sentían débiles al pensar con las fuerzas incalculables que evocaba su violenta irrupción, la explosión brutal y el desencadenamiento tumultuoso en la vida de l@s hombres. L@s que tenían la audacia de proferirla públicamente tenían conciencia de que esta palabra es de las que no se deben pronunciar a la ligera, porque sintetiza todo un mundo de destrucciones y de trastornos, la miseria y la esclavitud y a hacer brotar de estas ruinas necesarias una nueva vida hecha de bienestar, de libertad y de armonía. También había que ver el estado de espanto que suscitaba en el mundo de l@s privilegiad@s esa palabra terrorificante y preñada de catástrofes: "revolución"; pero también, y en contra, la emoción profunda y el palpitar de esperanza que esta palabra mágica hacía descender al corazón de l@s desheredad@s.

¡Desgraciadamente ya no es así! Tod@s l@s escritorzuel@s que depositan en los periódicos sus excrementos y todos los sonoros y vacíos discursos de parlamento y de reunión pública prodigan, con pluma y boca que quieres tú, esa palabra: "revolución", tan rica, no obstante, de amenazas contra l@s un@s y de promesas para l@s otr@s. Tod@s la emplean, o, más exactamente aún, la explotan fraudulentamente, y con que propósito.

L@s monárquic@s no reparan de recurrir a ella, cuando proclaman la urgencia y la necesidad de terminar con el régimen republicano y la democracia de que es susceptible de encarnar. Cuando, para electrizar sus elementos jóvenes, para mantener el fervor, que frecuentemente decae, de sus partidarios; para hacer que l@s viud@s ric@s vomiten su óbolo en el cepillo de "Action Francaise". Y para calmar la impaciencia de l@s imbéciles que están cansad@s de esperar bajo el olmo "el retorno del noble heredero de los cuarenta reyes que ha tenido Francia", cuando, digo yo, l@s Maurras y l@s Daudet, declaran con términos rudos, violentos, incendiarios que ha llegado la hora de "estrangular la gueuse", no dudan de servirse de la palabra "revolución" declarando que, para arrancar a Francia de l@s am@s que, actualmente, la deshonran, la pierden y la empujan a los abismos, se tendrán que emplear los métodos violentos y los métodos ilegales.

L@s aduladores del sufragio universal que se dicen gratuitamente "radicales socialistas" y,

por añadidura, "demócratas", están roíd@s de un deseo tan violento y de una necesidad tan urgente de captar la confianza y de robar sufragios de tod@s l@s trabajadores, que abusan, con una desconcertante desenvoltura, del término "revolución", cuyo sentido torturan cínicamente: a propósito de la menor reforma propuesta o introducida en el mecanismo jurídico, fiscal, militar, diplomático o escolar, est@s charlatanes presentan esta insignificante y estéril medida como una especie de "revolución" en el fundamento de las leyes, en la administración de las finanzas públicas, en la organización de los ejércitos, en el juego de las relaciones diplomáticas o en los principios de la enseñanza y de los métodos pedagógicos. En realidad, es todo una justa maniobra, al apoyo de la cual est@s politicastr@s sin escrúpulos se ingenian en cubrir la ridícula timidez de sus programas y la esterilidad de las mejoras que en ellos están escritas. Por la audacia voluntariamente ultrajada de la palabra "revolución", la cual l@s convierte en campeones del progreso, resuelt@s a no retroceder ante ninguna medida, a que hayan tenido que apelar, viéndose forzad@s a recurrir a los medios extremos, esperan preservarse de la acusación de insuficiencia (la de cobardía), con que l@s electores decepcionad@s tratarán de ahumarl@s.

El Partido Socialista (SFIO) ha nacido y se ha engrandecido; vive aún a la sombra de la palabra soberbia de "revolución". Sería cómico oír de los propios labios a l@s Blum, a l@s Deat, a l@s Paul Faure, a l@s Marquet, a l@s Renaudel, a l@s Vicent Auriol y demás primeras figuras de esa tropa lírica y dramática; sí, este espectáculo sería de una comicidad irresistible, de una hilaridad grotesca, si est@s cómic@s no fueran tomad@s con seriedad y creídas sus palabras por l@s cándid@s proletari@s, crédul@s, papanatas, pasmad@s, a l@s que en sus declaraciones imberbirlicotados se dicen revolucionari@s, sin serlo, siéndolo, terminan por persuadirse de que l@s discursistas del partido socialista son furrieles de la revolución social.

L@s incomparables fanfarrones del partido Comunista (SFIC), se han llevado siempre la palma en el arte de hacer sufrir los peores ultrajes a la palabra "revolución". Si tienen la pluma en la mano, no escriben más que veinte líneas; si tienen la palabra, no combinan cinco frases sin que, de su tintero o de su boca, no escape la palabra "revolución". La cuelan en todas partes, a porfía en cada momento. Y no se contentan solamente con usar y abusar de ella a propósito de todo y de nada; pretenden, además, acapararla en su provecho exclusivo; prohibiendo su empleo a l@s demás. Es como una firma que les perteneciera, como una patente de invención, una marca de fábrica o una razón social depositada y registrada que, ell@s sol@s, tendrían el derecho de explotar. La revolución es para ell@s, toda para ell@s, nada más que para ell@s. ¡Y, no obstante!... Lo peor es que much@s proletari@s, de espíritu simplista y totalmente ignorantes del problema social, se dejan atrapar con el espejuelo de esta mistificación que l@s dictadores y divideros del partido comunista han elevado a la altura de una religión.

De esta manera: monárquic@s, republican@s, demócratas, socialistas, comunistas, las gentes de todas las opiniones y los partidos políticos de todos los colores trafican impunemente con la palabra "revolución", a la que incorporan unas ideas, no solamente muy diferentes, sino contradictorias. El conjunto de ideas y de hechos que debería significar en nuestros días la palabra "revolución" y que no debería parecer posible quitar a esta palabra, se ha, como se constata, más que sensiblemente alejado.

¿Revolución? Para las gentes del rey, es el atontamiento de la plebe y el retorno a la monarquía. ¡Qué absurdo!

¿Revolución? Es, para l@s radicales y los partidos de izquierda democrática, el conjunto disparatado, incoherente e ineficaz de las medidas de detalle y de modificaciones de superficie que necesitan, en el dominio jurídico, fiscal, militar, diplomático o escolar, para los abusos demasia-

do indignantes y las prácticas demasiado escandalosas. ¡Qué indecencia!

¿Revolución? Para el partido socialista, es, —al precio del abandono del programa socialista y el despecho de las doctrinas propagadas por l@s mism@s pensadores y teóric@s socialistas—, la subida hacia el gobierno de un equipo de consejer@s de Estado, abogad@s, periodistas, catedrátic@s, médic@s, veterinari@s y extrabajadores con el estómago de l@s que al igual que l@s Mc Donald, Elbert, Noske, Cheidemann, Vandervelde, Brauting, Guesde, Sembat, Albert Thomas, etc. han llevado hasta sus límites extremos el hambre de poder. ¡Qué traición!

¿Revolución? Para el Partido Comunista, es bajo nuevas máscaras y bajo formas inéditas, la continuación, más bien agravada, de lo que existe ya: el Estado tirano, la burocracia roedora, la policía y el ejército sanguinario, las clases antagónicas, la jerarquía escandalosa de los tratamientos y salarios, la prostitución, la mendicidad, la represión, el mercadeo, el latrocinio legal y el asesinato; en fin, para coronarlo dignamente todo: el acuerdo diplomático, financiero, industrial y comercial, y, por decirlo todo, la inteligencia gubernamental oficial —inteligencia cordial, persistente y de día en día más estrecha— entre el Estado llamado "campesino y obrero" y los Estados burgueses; entre el proletariado llamado "comunista" y los Estados capitalistas. ¡Qué infamia!

¿Revolución? L@s ambicios@s, l@s intrigantes, l@s saltimbanquis, l@s nadies de la política y sus lacay@s han hecho de esta palabra un vocablo que ya nada significa, expuesto a las interpretaciones más diversas y a las más opuestas, las cuales no asustan ya a l@s dirigentes, ni entusiasman a l@s dirigid@s.

Únicamente l@s anarquistas —porque sólo ell@s son revoluciponari@s— han conservado la palabra "revolución" y la idea fundamental que, en el tiempo y el lugar en que estamos, expresa su alta significación, pura, amplia, profunda, inalterable. Ensuciada, deshonrada, odiosamente maltratada, la idea de la revolución social debe ser purificada, rehabilitada y repuesta en su lugar a plena luz. Es a lo que tiende, en esta "Enciclopedia", este estudio que está consagrado a la revolución social.

Lo que será la revolución social.

Volvamos ahora al sentido exacto de la palabra "revolución" y al alcance positivo de la idea que expresa con relación al medio social contemporáneo económicamente capitalista, políticamente autoritario. He dicho más arriba lo que, hace cuarenta o cincuenta años, se entendía por "la revolución social". A despecho de las múltiples alteraciones, de las cuales he citado las principales y que son imputables sobre todo a l@s pseudo-revolucionari@s de la socialdemocracia y del partido comunista ha quedado el mismo conjunto de hechos sociales que se hallan reunidos e incluidos en la idea de revolución y el que se aleja de él poco o mucho, vuelve ipso facto y aunque se disculpe de ello, cuanto quiera, deja de ser un revolucionari@.

Es posible deslizar en las instituciones actuales ciertas modificaciones de detalle; se puede también multiplicar estos cambios y llevarlos hasta el límite extremo; estas instituciones son, en cuanto al fondo, inmejorables; ellas engendran inevitablemente, es decir en tanto que sean mantenidas y sin que una medida cualquiera pueda desviar este resultado fatal (fatal porque le es inherente): la miseria y la servidumbre de una parte, la opulencia y la opresión, de otra.

Se puede introducir en el mecanismo económico que caracteriza la época capitalista que atravesamos, todas las modificaciones posibles e imaginables; durante todo el tiempo que el principio mismo que acciona este mecanismo sea mantenido, las desigualdades y los conflictos se perpetuarán. Es en vano que el Estado sustituya como propietario y patrono, a l@s patron@s y propietari@s actuales; la gerencia del primero llegara a las mismas consecuencias que la de l@s segund@s: favores y provechos renacerán "ineludiblemente" bajo especies y apariencias

nuevas y conducirán "fatalmente" al retorno a la existencia de dos clases en lucha: la de l@s alquiladores privilegiad@s y la de l@s emplead@s desheredad@s.

Ocurre igual con el mecanismo político que caracteriza el régimen de autoridad que sufrimos. Se le puede introducir todos los cambios que conciba el hombre de Estado más sutil y el reformista más sagaz; nada, absolutamente nada, sacaría de esta institución malhechora. El Estado, cuyo carácter esencial, cuyo rasgo fundamental es en la práctica legislar, reglamentar, imponer, prohibir y castigar, a quien intente entrar en lucha contra él. Y como, para hacer respetar la ley y observar la reglamentación impuesta, el Estado se halla en la obligación de conminar a l@s individu@s refractari@s; como para someter y hacer entrar dentro del orden a las colectividades que se insurgen, el Estado se halla en la necesidad de recurrir a la fuerza pública, es indispensable que el Estado, "cualquiera que sea y pueda ser", tenga a su disposición magistrad@s, policías, gendarmes, soldados, carceler@s, funcionari@s y emplead@s de todas clases, atad@s al mecanismo del aparato administrativo, judicial y represivo. Es, pues, "fatalmente" aun, bajo unas especies y unas apariencias nuevas, la supervivencia de dos clases en oposición; la de l@s am@s que mandan y la de l@s esclav@s que obedecen.

En consecuencia, tomada en su conjunto y sin restricción, quiero decir; mirada en su plenitud real, en su totalidad positiva, la lucha de clases, "en sus relaciones con la revolución social", no comprende solamente la lucha de clase económicamente explotada por la clase capitalista, sino también la lucha de la clase políticamente esclavizada, dominada por la clase gobernante. Bajo pena de ser mutilada, y, por consiguiente, estéril, la lucha de clases, así entendida —y es así como nos la revela una observación atentan, minuciosa, imparcial y completa— tiene por consecuencia que levantar a l@s que son explotad@s y oprimid@s contra l@s que l@s explotan y l@s dominan. Debe ser, pues, a la vez política y económica. Se equivocan grandemente l@s que, al igual que l@s republican@s, l@s demócratas, l@s radicales socialistas, pretenden liquidar el problema social con una solución puramente política. Y no caen en un error menos grueso l@s que al igual que l@s adept@s del partido socialista y del partido comunista, cuentan resolver la cuestión social por una solución puramente económica. La solución únicamente política dejaría subsistir en toda su entereza la lucha entre explotadores y explotad@s (La Revolución Francesa nos administra la prueba innegable) y la solución únicamente económica dejaría subsistir toda entera la lucha entre opresores y oprimid@s (la Revolución Rusa depone con fuerza en favor de esta aserción). Al día siguiente de una revolución a medias, a la cual sobreviniera o el capitalismo o el Estado, se constataría, al momento, que, en realidad, todo estaba por hacer, porque el mantenimiento de la propiedad capitalista, es decir, de la explotación económica, conduciría "fatalmente" al retorno de la dominación política y porque la supervivencia del Estado, necesariamente opresor y represivo, conduciría "fatalmente" a la resurrección de la explotación económica.

La revolución social deberá terminar con el capitalismo y el Estado.

Toco, aquí, a un punto de una importancia capital, de una extrema delicadeza y de una incomparable complejidad. Por ese motivo, ante el riesgo de incurrir en el reproche de repetirme o de parecer insistir más de lo razonable, tengo que reiterar aquí mismo a los ojos del lector este pasaje que traigo de mi artículo sobre "la anarquía".

«Los partidos socialistas o comunistas de todos los países afirman primero que una sociedad no puede vivir sin el principio de autoridad, el cual declaran indispensable a la inteligencia y a la organización. La liberad de cada un@, dicen ell@s, debe detenerse en donde comienza la libertad del otr@. Pero con la ausencia de leyes, de reglas que fijen ese límite entre la libertad de cada un@ y la de l@s otr@s, cada un@ tratará, naturalmen-

te, de extender su propia libertad en perjuicio de l@s demás. Estas usurpaciones "serán otros tantos abusos, injusticias, desigualdades, que provocarán conflictos incesantes, y a falta de una autoridad que tenga cualidad para resolver estos conflictos, es la fuerza sola, la violencia, la que decidirá. L@s más fuertes abusarán de su fuerza contra l@s más débiles y l@s más pill@s, l@s más astut@s, abusarán de su astucia contra l@s más sincer@s y l@s más leales."

Dicho esto, l@s socialistas y comunistas "autoritari@s" añaden que es insensato concebir una organización social sin leyes ni sanciones. Se apoyan sobre todo en las necesidades de la vida económica. "Si cada un@ es libre de escoger su género de trabajo, dicen ell@s, de trabajar o de no hacer nada, l@s un@s trabajarán mucho, l@s otr@s menos, y otr@s nada en absoluto; l@s vag@s serán, pues, aventajad@s en detrimento de l@s laborios@s. Si cada un@ es libre de consumir a su gusto, sin control ni inspección, l@s habrá que se instalarán en los suntuosos pisos, tomarán los muebles más hermosos, los vestidos más bonitos y las mejores tajadas, y l@s otr@s estarán obligad@s a contentarse con lo que les dejen aquéll@s. Esto no puede marchar; esto así no puede ir. Hay necesidad de leyes, de reglamentos que fijen la producción que cada un@ debe obtener, el número de horas de trabajo que deba cumplir en todo caso y la parte de productos que le tocarán. De lo contrario, esto será el despilfarro y la discordia."

En fin, l@s autoritari@s dicen: "si cada un@ es libre para hacer lo que le plazca, todo lo que le plazca y nada más que lo que le plazca, será el desbordamiento de las pasiones sin freno, el triunfo de todos los vicios y la impunidad de todos los crímenes". Y concluyen que la autoridad es necesaria, que es indispensable un gobierno, que se necesita, con todo rigor, unas leyes y unos reglamentos y, por consiguiente, una fuerza pública para detener l@s culpables, unos tribunales para juzgarl@s y unas penas para castigarl@s. Con todo eso, como l@s anarquistas combaten esta doctrina y esta organización, l@s autoritari@s conceden que llegará un día en que l@s humildes, habiéndose transformado gradualmente, se harán razonables y fraternales y que, en este momento, la autoridad, habiendo dejado de ser indispensable, desaparecerá, para ceder su puesto al comunismo libertario, es decir, a la anarquía, que es el ideal más justo y elevado.

Concluyen: "Comencemos por demoler el régimen capitalista. Primero, expropiemos a l@s burgueses y socialicemos los medios de producción, los transportes y los productos. Después, ya veremos."

A esta requisitoria dirigida contra el anarquismo, l@s libertari@s responden: "La sociedad capitalista reposa sobre la propiedad individual y el Estado. La propiedad privada no tendría fuerza ni valor si el Estado no estuviese aquí para defenderla. Es un grave error creer que el capitalismo es el único agente de discordia entre l@s hombres que viven en sociedad; el poder l@s divide lo mismo. El capitalismo l@s separa en dos clases antagónicas; l@s poseedores y l@s que no poseen nada. El Estado también l@s divide en dos clases enemigas: l@s gobernantes y l@s gobernad@s. L@s detentadores del capitalismo abusan de su riqueza para explotar a l@s proletari@s; l@s detentadores del poder abusan de su autoridad para esclavizar al pueblo.

Suprimir el régimen capitalista y mantener el Estado, es hacer la revolución a medias y hasta ni hacerla siquiera. Porque el socialismo de Estado o el comunismo autoritario necesitarán un ejército formidable de funcionari@s en los servicios legislativos, judiciales y ejecutivos. La organización que preconiza este socialismo acarreará unos gastos incalculables cuyo más claro y más cierto resultado será apartar antes de la producción

de l@s trabajadores de los campos y de las ciudades lo necesario para mantener (con bastante holgura sin duda) esta multitud de parásit@s y de improductiv@s. Por consiguiente, no serán abolidos ni las clases, ni los privilegios.

La Revolución Francesa ha creído suprimir los privilegios de la nobleza, no ha hecho más que transmitirlos a la burguesía. Esto es lo que hará todo sistema socialista o comunista inspirándose en el principio de autoridad: arrancarán a l@s burgueses sus privilegios retransmitiéndose a l@s dirigentes del nuevo régimen. Estos formarán una nueva clase de favorecid@s. Encargada de hacer las leyes, de elaborar los reglamentos de la administración pública y de castigar su violación, la multitud de funcionari@s que tuviesen esta ocupación, formaría una casta aparte. Esta casta no produciría nada y viviría a expensas de l@s que con su trabajo asegurarían la producción. Esto sería una avalancha de insaciables apetitos y de intrigas, disputándose el poder, las mejores y las más opulentas sinecuras. Esto ería el despojo. Esto sería dar a l@s improductiv@s en detrimento de l@s productores.

Unos años después de la Revolución, subsistirían las mismas injusticias, las mismas desigualdades, las mismas competiciones, bajo pretexto de orden, el mismo desorden, el mismo lodazal. No habría nada hecho y todo estaría como para empezar, con esta diferencia: de que el régimen capitalista está descalificado, debilitado, roído, y en vísperas de su bancarrota, mientras que el socialismo de Estado tendría para él la juventud y ante él el porvenir".

Añaden l@s anarquistas: "He ahí toda la historia para pronunciar la condenación sin apelación del principio de autoridad. Bajo formas, apelaciones y etiquetas diferentes, la autoridad ha sido siempre sinónimo de tiranía y de persecución. Y es que no solamente no ha protegido nunca, ni defendido, ni garantizado la libertad, sino que siempre la ha desconocido, violado, ultrajado. Confiar a la autoridad la misión de asegurar la libertad de cada un@ y de contenerla dentro de los límites de la pura equidad, es una locura proclamada por la historia".

Y, para, terminar, l@s libertari@s dicen a l@s partidari@s de los regímenes autoritarios: "Hay entre vosotr@s y nosotr@s un abismo, no solamente en lo concerniente a la preparación y realización de la revolución social, sino también en la organización de la vida individual y colectiva, al día siguiente de esta revolución. Vosotr@s queréis, hecha la revolución, imponerlo todo por la coacción; nosotr@s queremos pedirlo todo a la buena voluntad y a la razón; vosotr@s no creéis más que en la fuerza; nosotr@s sólo tenemos confianza en el acuerdo mutuo. Vosotr@s concebís el orden desde arriba, nosotr@s lo concebimos desde abajo. Vosotr@s entendéis que todo sea centralizado; nosotr@s que todo sea federado. Vuestro método consiste en ir de lo compuesto a lo simple, de lo general a lo particular, del número a la unidad, del todo a la parte, es decir, de la sociedad al individu@; nosotr@s aplicamos el método opuesto; partimos de lo simple para ir a lo compuesto; vamos de lo particular a lo general, de la unidad al número, de la parte al todo, es decir, del individu@, única realidad tangible, viviente, palpable a la sociedad, suma de l@s individu@s.

Vosotr@s fundáis la libertad común en el servilismo de cada un@, nosotr@s fundamos la libertad colectiva en la independencia de cada un@. Cuando estemos en condiciones de derrumbar la sociedad burguesa, destruiremos con el mismo golpe el capital y el Estado. Esto no será tarea tan difícil que el derrumbar el uno sin el otro, puesto que se sostienen, son solidarios y no forman al presente más que un solo y mismo bloque, no siendo

de hecho el Estado más que la expresión política de la dictadura de las potencias del dinero, cuya dictadura económica se halla de manifiesto, representada en el capitalismo.

Y, puesto que reconocéis que la libertad es deseable, que el comunismo libertario es el ideal más noble, el más seguro medio de realizar ese ideal, es combatir y arruinar, y no consolidar y reforzar el principio de autoridad, que es su negación."»

Ningún partido político es revolucionario.

Podrá ser tildada esta cita por su latitud. Es extensa en efecto; pero he tenido a bien no recortarla nada, al objeto de conservarle su claridad, su precisión y su fuerza. Además, ésta tiene la gran ventaja de conducir al lector a una conclusión que se impone, la cual sin esta citación podría parecer inexacta. Hete aquí esta conclusión:

Habiendo dado que todos los partidos políticos, sin ninguna excepción, tienen por objeto no destruir el poder, sino arrancarlo —legal o ilegalmente, pacíficamente o por la violencia— a l@s que lo detentan, con objeto de ejercerlo a su turno, se puede y, lógicamente se debe afirmar, que ningún partido político es revolucionario y que, cualesquiera que sean, todos los partidos políticos, absolutamente todos, son contrarrevolucionarios, puesto que todos se han opuesto a una revolución que hiciese tabla rasa de todas las instituciones procedentes de un poder central cuya función aun debilitada sería una supervivencia del principio de autoridad. Si un partido político tiene el impudor de calificarse revolucionario, es, pues, una flagrante impostura. Más o menos profundamente "reformista" lo son todos. Pero no hay uno que sea, en el sentido exacto de esta palabra, "revolucionario".

Solamente l@s anarquistas declaran que, sin una subversión social que destruyese hasta en sus raíces el capitalismo y el Estado (es decir, la autoridad sobre las personas: el gobierno), no hay, no podría haber una verdadera revolución. Sólo ell@s enseñan, lealmente y sin miedo, esta verdad capital, y es porque de un confín del mundo al otro, son combatid@s y perseguid@s, con el encarnizamiento ya tan conocido, por todos los gobiernos existentes y por todos los partidos que ambicionan apoderarse del Estado. El verbalismo del cual se sirve un partido político y los medios que emplea o aconseja, no tienen, en sí, ninguna significación consistente y positiva; el objetivo que se propone hasta cuando lo silencia, es lo único que importa. El párroco reaccionario puede utilizar la terminología más violenta y más subversiva; esta verborrea no impide que siga siendo un reaccionario. César puede disimular su despotismo bajo el magnífico pretexto del orden, de la paz y la libertad; no dejará por eso de ser menos César. Un partido de dictadura puede exaltar el uso de los métodos revolucionarios para conquistar el poder; no por eso deja de ser un partido de dictadura y, por consiguiente, de despotismo y de contrarrevolución. El lenguaje empleado y los medios de acción utilizados o preconizados no son a menudo más que ficciones; el objetivo perseguido es la única realidad que hay que tener en cuenta. Hace siglos que queriendo expresar esta opinión un poeta latino, gritó: «¡Sunt verba et voces; proetereaque nihil!» («Son palabras y nada más»). Esta cita se aplica con una exactitud severa y rigurosa a las declaraciones socialistas y comunistas, quienes desnaturalizan el sentido actual de la palabra "revolución" y disfrazan la idea fundamental que esta palabra expresa en nuestros días.

Esta idea es la que, a la hora que suena en el cuadrante de la historia, en los países en donde el capitalismo y el Estado han llegado ya al estado actual de su carrera evolutiva, se expresó en estos términos: «no hay revolución verdadera, en el sentido exacto y completo de esta palabra, más que cuando hay subversión de arriba abajo; más que cuando se hace tabla rasa de los principios en curso y de sus aplicaciones, cuando se opera sobre una base y una práctica no solamente diferente, sino diametralmente opuesta». Pues he demostrado

de la manera más irrefutable que la estructura social reposa enteramente sobre el principio de autoridad y sobre las instituciones dependientes del mismo. La idea de revolución social impone pues necesariamente: primero, el abandono total, el derrumbamiento definitivo de toda arquitectura social, teniendo por fundamento el principio de autoridad; segundo, la adopción y puesta en práctica del principio y de los métodos diametralmente opuestos: el principio y los métodos de libertad.

L@s anarquistas tienen la inquebrantable convicción de que el porvenir les pertenece y que éste justificará su doctrina. Tiene la certidumbre de que, más temprano o más tarde, después de haber agotado, en el dolor, todos los métodos y formas de organización social que procedan del principio de autoridad, l@s human@s llegarán a rechazarlos con horror e intentarán, confiad@s y resuelt@s, el ensayo de métodos y formas de organización que engendra el principio diametralmente opuesto. Entonces, y sólo entonces, la idea de revolución social, como la conciben, triunfará y se desarrollará sobre el plan de las realidades. Entonces y sólo entonces, el "todo perteneciente a un@s poc@s", cediendo el puesto al "todo es de tod@s", de los tiempos libertarios, y el "tod@s obedecen a un@s poc@s" de las épocas autoritarias, habiendo sido reemplazado por "el nadie manda y nadie obedece"; "ni señores ni sierv@s" de la era anarquista, tod@s l@s individu@s sin distinción de sexo ni de nacionalidad, vivirán en el bienestar y la libertad que habrán conquistado por la revolución verdadera.

L@s anarquistas toman parte en todas las sublevaciones populares de tendencia revolucionaria.

Guardémonos de sacar de esta afirmación la conclusión de que l@s anarquistas quedan y deben quedar indiferentes a las tentativas de revolución que —ello no es más que demasiado cierto— precederán el proceso y el triunfo de las multitudes y de todas las grandiosas realizaciones que se derivarán de una liberación a la vez que política, económica, intelectual y moral, nacida de la revolución social según sus concepciones. Por optimistas que podamos ser, no abrigamos la esperanza de recorrer, de un solo salto, de franquear de un solo golpe, la distancia que nos separa aún de este magnífico resultado. Nosotr@s no nos hacemos ninguna ilusión a ese respecto. Nosotr@s nos damos cuenta que, entre el orden social —debería decir el "desorden" social— que padecemos, y el orden social que queremos fundar, hay todo un mundo de ideas, de sentimientos, de traiciones y costumbres que hay que transformar completamente, y no ignoramos que una transformación tan formidable no puede ser realizada cumplidamente en un lapso de tiempo muy corto. Está, pues, fuera de dudas, que la humanidad sólo alcanzará por etapas el objetivo que preciso más arriba. Ciertamente, un gran número de pequeños y medianos combates serán liberados antes de que sea decidida lo que la "Internacional" de Pottier llama "la lucha final"; y no es dudoso que la victoria sea la coronación de una serie de encuentros dichosos y de derrota más o menos amargas.

¡Ahora bien!, l@s anarqistas no esperan, para reaccionar, que la batalla decisiva se libre; tomarán parte en las escaramuzas que a ella nos conducirán. Se mezclarán en todas las campañas, en todas las agitaciones, en los extensos movimientos huelguísticos, en las sublevaciones populares, dirigidas contra el régimen capitalista, inspirándose en el odio a la autoridad. Por doquiera, estarán en primera fila entre l@s revoltos@s, entre l@s insurgentes y l@s revolucionari@s, en los puestos de combate que exijan más valor y sangre fría; seran l@s animadores y l@s autores de los golpes de mano más temerarios; de las iniciativas más audaces, de las acciones más peligrosas, de las gestas más heroicas, empujando el asalto tan lejos y tan alto como sea posible.

Que nadie lo dude: l@s anarquistas serán aquell@s —porque espero que no sean l@s

únic@s— que, en los puestos de más responsabilidad y en contacto con las pasiones más violentamente desencadenadas, guardarán toda su lucidez de espíritu y no perderán de vista el objetivo a alcanzar. Digo aquí sin exageración ni romanticismo, mi profundo pensamiento: estoy convencido que cada vez que se inicie y se dibuje una fermentación insurreccional, cada vez que la efervescencia popular tome un cariz revolucionario, l@s anarquistas se lanzarán al mismo corazón de la pelea; primero, porque no ignoran que, cuando estos movimientos principian, no se sabe nunca en donde se detendrán; después, porque a pesar de que fueran vencidas, ahogadas en sangre y seguidas de una feroz represión —desquite del miedo que habrá sacudido las entrañas de la clase poseedora gobernante— las insurrecciones de esta naturaleza dejan siempre alguna cosa después de ellas y que el terreno conquistado se mide por la impetuosidad del río popular y el camino recorrido por la ola revolucionaria; finalmente, porque el temperamento y las fuerzas interiores que los animan les prohibirán toda posibilidad de asistir impasibles y de brazos cruzados al duelo trágico que levanta el uno contra el otro; el presente que no quiere sucumbir, y el porvenir que quiere nacer y vivir.

A propósito del fatalismo histórico de cierta escuela marxista.

El marxismo ha dado nacimiento a una escuela socialista que, tomando a la letra la tesis fundamental del marxismo, pretende que la revolución se hará sola automáticamente, fatalmente, a manera de una revolución geológica, que nada pudiera impedir, ni siquiera retrasar, cuando el trabajo, a veces y hasta con harta frecuencia imperceptible, inobservable, en razón de su propia lentitud, que prepara este trastorno geológico, ha llegado a su punto culminante, decisivo, terminus. He oído a adept@s de esta concepción expresarse así: «Cuando el fruto alcanza su plena madurez, se desprende del árbol por sí mismo; en todo caso, sólo queda arrancarlo, y éste cede suavemente a la mano que lo coge, lo que no necesita ningún esfuerzo a preciable». Multiplicando las comparaciones de esta naturaleza, l@s hay que dicen: «Cuando los nueve meses de la gestación materna son cumplidos, el alumbramiento se produce por sí mismo, y, llegado a término, el niñ@ viene al mundo automáticamente, fatalmente.»

Estas comparaciones son ingeniosas y no carecen de cierta precisión; pero no son totalmente exactas. Lo que tiene de exacto es que, lo mismo para el trastorno geológico, llegado al punto término de su evolución, como para el fruto maduro y para el feto en su plenitud, la transformación social no se operaría normalmente y en condiciones favorables más que cuando los elementos constitutivos de esta transformación habrán introducido en el corazón mismo de la sociedad capitalista un desarrollo, encaminándolo paulatinamente hacia la formación de una sociedad nueva y tendiendo a arruinar en la misma proporción los fundamentos y los principios que sirven de base al régimen capitalista. Entonces, el edificio, que está interiormente sacudido, agrietado, minado, roído, arruinado, no le faltará más que provocar la última sacudida, que teniendo en cuenta las resistencias cada vez más debilitadas del edificio, determinará su derrumbamiento. Pero está demasiado lejos esta previsión (rigurosamente cierta, y, por decirlo así científica) de ese fatalismo histórico que, aun en ausencia de la última sacudida, es decir, de la intervención brusca y violenta de una acción, de una fuerza revolucionaria, certifica que el edificio se hundirá por sí mismo, automáticamente, fatalmente. Nada justifica semejante concepción, inspirada en un materialismo histórico empujado hasta lo absoluto y degenerando en fatalismo.

La chispa eléctrica no estalla en un cielo sereno, el huracán es precedido de indicios precursores, de fenómenos anunciadores que no engañan la observación y precisan la violencia del vendaval que llega, su inminencia, las circunstancias que lo desencadenan y las consecuencias que traerá consigo. Lo mismo ocurrirá con la revolución social. Ni más ni menos que la chispa eléctrica, la revolución no estallará en la serenidad de una época de paz y tranquilidad. Lo mis-

mo que el huracán, será anunciada por unos síntomas reveladores de una fermentación inusitada, de un turbio orgánico, de una lesión orgánica, de un desorden que ponga en litigio la vida misma del cuerpo social. Esto no sorprenderá más que a l@s que cierran los ojos para no ver nada y se taponan los oídos para no oír nada.

Expreso aquí una certidumbre que todo el mundo admite. ¡Cuánta distancia hay desde esta certidumbre hasta la idea de una "revolución social" realizándose por sí misma, por la sola fuerza de las cosas, automáticamente, fatalmente, sin la intervención violenta y brusca de una acción organizada, voluntaria, determinada por el estado de conciencia de las masas insurgentes!

Evolución y revolución.

A menudo se opone la evolución a la revolución. Protagonistas de esta oposición, invocan l@s un@s la razón, l@s otr@s el sentimiento. Poniendo toda su confianza en la evolución propiamente dicha, l@s primer@s pretenden que ésta es lo suficiente para las transformaciones más profundas; que es conveniente remitirse a las consecuencias intrínsecas de la evolución, y que, confundiéndose el punto término de toda evolución con el punto inicial de la evolución con el punto inicial de la evolución que sigue, lo que llamamos impropiamente "revolución", no es otra cosa que el pase normal y espontáneo de un régimen social que termina a un régimen social que empieza. Y sacan por consecuencia la inutilidad de la revolución. Llegan inclusive hasta someter que, no pudiendo aspirar más que a precipitar imprudentemente el ritmo de la evolución, llegada casi a su término natural, la revolución no puede tener por resultado otra cosa que el frenar u obstaculizar el curso de la evolución, y aun comprometer quizás y retardar sin duda alguna su marcha. En apoyo a esta afirmación, invocan el ejemplo de las insurrecciones, de las sublevaciones populares, de las revoluciones abortadas o vencidas, movimientos que han sido seguidos de una represión salvaje y de una reacción más o menos larga.

Hago remarca en primer lugar que la detención o el retroceso de la evolución en curso, de la cual est@s adversari@s de la revolución hacen estado para combatir la idea misma de la revolución, no son debidos más que a tentativas prematuras de revolución o bien a revoluciones derrotadas.

Estos altos, lo mismo que estas regresiones, no pueden aplicarse a los movimientos revolucionarios victoriosos, los cuales, si no han recogido todos los frutos de la victoria obtenida, han roto, por lo menos, los obstáculos y triunfando de las resistencias que le eran impuestas.

Descarto así el reproche hecho a toda revolución de retardar el ritmo de la evolución o de comprometer anticipadamente los felices resultados. Descartado este reproche, se trata de saber si una evolución que termina, da espontánea y necesariamente nacimiento a la evolución deseada. ¿Es cierto que toda evolución, que llegara a su término natural, sería el punto de partida de una evolución nueva coincidiendo en la necesidad de una evolución en desacuerdo con la que desaparece en el abismo del pasado, y en armonía con aquella necesidad se afirma que responde a la vez a las exigencias del momento y a las posibilidades del mañana? Es el caso, o nunca, de decir que, poner la cuestión, es resolverla. No obstante insisto.

Ejemplo: en las profundidades del mar o en las entrañas de la tierra, un trastorno geológico está en preparación; sigue su marcha, lenta, pero regular. Se hacen excavaciones, suceden unos desprendimientos, unas infiltraciones atraen unos declives, unos derrumbamientos, unos desplazamientos; unos bloques se descuajan, otros se aglomeran. El conjunto de estos fenómenos, conducen, sin equivocarse, al cataclismo, que puede ser retardado por ciertas circunstancias o acelerado por otras, pero que, de ninguna manera ha sido evitable. En el momento preciso en el que todas las resistencias son arrastradas, el trastorno previsto se produce. Nada pue-

de oponerse, impedirlo, ni siquiera demorarlo, por poco que sea.

En este ejemplo, la revolución geológica se confunde con el fin de la evolución que la ha precedido y determinado. Pero se trata, aquí, de una materia elástica, sin oposición posible a las leyes de la evolución, esta materia no es movida por ningún interés "in sen"; ésta no posee ninguna voluntad, no tiene, en ningún grado, el sentido de la responsabilidad; carece de conciencia.

¿Es que ocurre lo mismo cuando se trata, no ya de una revolución geológica, ciega, inerte, pasiva, irresponsable, inconsciente, sino de una revolución social, en la que están incluid@s un@s seres clarividentes, impelid@s tod@s, agitad@s, responsables, susceptibles de hacer una selección, en la cual se oponen las voluntades y las resistencias, en función misma de los intereses que les dividen y de la barricada que se levanta entre ell@s y que les separa en dos campos: el que ataca y el que se defiende; el que da el salto y el que lo rechaza? ¿La comparación, la analogía, por ejemplo, con la cual se intenta asimilar la revolución social a un trastorno geológico es admisible? Evidentemente no.

L@s otr@s protagonistas de la concepción que oponen la evolución, invocan el sentimiento. Insisten sobre las atrocidades de lo que llaman la guerra "civil"; se complacen en la evolución de las luchas "fraticidas", que según dicen ponen en lucha a l@s habitantes de una misma nación, de una misma región, de una misma municipalidad. Ensombrecen hasta la saciedad el aspecto doloroso de estos movimientos históricos. Adelantan que, hallando su aplicación en la adaptación gradual de las constituciones políticas y de las formas económicas a las necesidades de cada pueblo, a la expansión progresiva de las civilizaciones, las leyes de la evolución presiden, solas y por sí mismas, las mejoras deseables, los perfeccionamientos posibles, a la edificación, demasiado lenta quizás, pero cierta, de la justicia, de la libertad, de la paz y del bienestar para tod@s. "Hacíamos a toda costa, concluyen, la economía de una revolución".

El sentimiento que exterioriza, nace de un natural bueno; pero no tiene su lugar aquí y numerosas consideraciones echan por tierra la solidez del andamiaje frágil que este sentimiento se ingenió en edificar. Y yo contesto: «¡Todo esto es muy bello, mis buen@s apóstoles! Pretendéis querer hacer la economía de una revolución. Este deseo os honra. Es más, permitidme que halle contradictorio el que tengáis a este punto horror a la sangre vertida, a las lágrimas derramadas, a los excesos revolucionarios, cuando tenéis corazón para mantener todo el tiempo posible, ya que es éste el resultado que, de todas formas, obtendría nuestro punto de vista, el régimen social que, a la hora en que escribo estas líneas, condena a la inacción a más de treinta millones de sin trabajo. ¿Pensáis vosotr@s, corazones compasivos, no solamente en las privaciones que es@s treinta millones de parad@s, sino también en el desespero en el que se hallan sumid@s l@s cincuenta o sesenta millones de pobres seres que componen la familia de est@s huelguistas forzos@s, viej@s parientes, mujeres y niñ@s, privad@s de los recursos que el trabajo de l@s adult@s les asegura, ordinariamente? ¿Pensáis vosotr@s, almas sensibles, en los ríos de sangre, en las ruinas, en las devastaciones, en los lutos y, por decirlo todo, en las abominaciones de la gran guerra que, durante más de cuatro años, ensangrentó la tierra, deshonrando a la humanidad?

¿Pensáis vosotr@s en el desastre incalculable y sin precedente que sería la guerra de mañana, esa guerra que, en los salones diplomáticos, en las esferas financieras, en las oficinas militares y en las "sentinas" parlamentarias, se prepara con sangre fría, sea con la intención de acumular millones y millones, o sea en la esperanza de hacer fracasar la revolución?

¿Pensáis vosotr@s que, solamente la revolución, puede poner fin, lo mismo al paro forzoso que a las concupiscencias, a los deseos y ambiciones de l@s malvad@s que, antes de renunciar al poder y a la fortuna, están dispuest@s a precipitar a sus semejantes en el abismo de una nueva guerra? ¿Pensáis vosotr@s en todo esto, decir, pensáis vosotr@s en esto y, si vosotr@s pensáis en esto, no estimáis que la revolución no acumulará jamás la milésima parte de estos sufrimientos, cuya responsabilidad cae sobre la sociedad actual?»

La guerra y la revolución.

Y ciertamente; si vuestra sensibilidad se emociona con el pensamiento de la revolución, se acomoda al de la guerra, cien veces más mortífera y salvaje, yo os comprendo: pretendéis que la guerra tiene sus excusas y que la revolución no las tiene, porque la guerra pone en lucha a naciones extranjeras, mientras que la revolución —la guerra civil—, levanta las unas contra las otras, a personas de una misma nación, hermanas. La cual hace que digáis que la guerra y la revolución son dos cosas muy diferentes y que no pueden ser confundidas. ¡Ahora bien, sobre este punto preciso, comparto vuestra opinión!

Guerra y revolución llevan con ellas dos contenidos no solamente diferentes, sino opuestos. La guerra arranca, de grado o por fuerza, de su trabajo, de su hogar, de la paz que le es querida, al trabajador de Francia, obligándole a armarse y a matar el mayor número de alemanes, de italian@s o de marroquíes. El trabajador de Francia nada tiene que reprochar a est@s pretendid@s enemig@s que es preciso masacrar sin piedad; no le han hecho ni le hacen daño alguno; no tiene que recoger de ell@s ningún desafío; no tiene ningún insulto que vengar, ningún odio que saciar, ningún interés personal que defender. Que sea vencedor o vencid@, ese trabajador de Francia lo tiene todo que perder y nada que ganar. Vanamente objetaría que no conoce a l@s que le han hecho un deber de combatir con frenesí; no se le pide su parecer, se le obliga, bajo la amenaza de las más severas sanciones, a batirse contra trabajadores como él, obrer@s y campesin@s víctimas de la misma explotación que él, encorvad@s bajo el mismo yugo que él, sufriendo de la misma opresión que él, pues son sus herman@s de miseria y de esclavitud.

¡Viene la revolución! Esta dice al mismo trabajador: «¿Te dejarás tú engañar siempre por l@s impostores de la política y oprimir por l@s capitalistas? A ti y a tus compañer@s, víctimas como tú de una organización social fundamentalmente inicua se os ofrece la ocasión de romper vuestras cadenas y de llegar a ser hombres libres.

¿Quieres tú no ser desde hoy, más oprimid@ por el Estado y explotad@ por el capitalismo? Sí, sí, levántate, uniendo tu esfuerzo de liberación al de l@s demás oprimid@s y, tod@s junt@s, de un brazo fuerte, de una voluntad firme, de un corazón ferviente, liberad@s por la revolución. Esta te llama; pero no te obliga. ¡A ti te toca decidir!»

Sin que sea necesario extenderme largamente sobre la diferencia que existe entre la guerra y la revolución, se distingue la oposición. Guerra al interior o al exterior, guerra de una o varias naciones contra una u otras varias naciones, o guerra en el seno de la misma nación; guerra abreviando, o guerra civil es siempre la "guerra", se me dirá. Así sea, la concedo a aquell@s a quienes para sembrar el confusionismo en un debate, no obstante tan simple y claro, place emplear la misma palabra para expresar dos cosas que ell@s mism@s declaran muy diferentes. A tal punto diferentes que, excepto el mismo término que los aproxima y los une, todos los aleja y los separa; que se juzgue.

a)La guerra no deja a nadie la facultad de "alistarse" o de no "alistarse"; la revolución deja a cada un@ la libertad plena de tomar parte en ella o de no participar.

b)La guerra obliga a pelear a un@s hombres que ignoran por qué motivos van a matar o a

morir, porque el combatiente jamás sabe cuáles son los verdaderos orígenes y los fines de la guerra; ignora siempre los intereses verdaderos que están en juego, y si se pregunta a l@s soldados por quién y por qué hacen la guerra, ningun@ de ell@s podría responder a tan simple pregunta.

El revolucionari@ conoce los orígenes del conflicto y el objetivo que se persigue en la batalla en la cual participa.

Saben contra quién y para quién; contra qué y para qué, toma las armas.

c) El trabajador que consiente en "alistarse" nada tiene que reprochar al enemig@ que se le ordena asesinar; no le conoce, jamás lo ha visto; en consecuencia, no tiene ni puede tener ningún odio contra él; mientras que el revolucionari@ no se decide a insurreccionarse contra el estado social que quiere destruir, más que cuando está cansad@ de vivir condenad@ en la servidumbre por l@s gobernantes y cuando ha sufrido bastante la explotación de l@s poseedores.

d) En caso de guerra, el conjunto de l@s desheredad@s de un país combate al conjunto de l@s desheredad@s de otro país; he aquí la guerra, la guerra "fraticida", la que empuja, a degollarse, a hombres unid@s por vínculos fraternales muchísimo más reales y poderosos que los que unen mentirosamente, en nombre de una patria común, a hombres que en tiempos de paz forman castas, categorías y clases con intereses corrompidos e irreductiblemente opuestos. Que sean de Francia, de Italia, de Alemania, de Marruecos o de otro lugar, tod@s l@s desheredad@s comulgan con la fraternidad de la opresión, del trabajo envilecido y explotado, y de la pobreza. La guerra, pues, lanza a est@s herman@s un@s contra otr@s, convirtiendo en una obligación material y en un deber moral el matarse entre sí. Contrariamente, la revolución pone del mismo lado l@s combatientes de la misma clase, l@s campeones de la misma causa y l@s invita a luchar tod@s junt@s, contra las fuerzas que les opone el gobierno, defensor de la clase enemiga.

e) Sea cual sea el resultado de la guerra, es nulo, sin valor ninguno para el combatiente pobre, quien, restablecida la paz, y, si no ha dio muert@, volverá a la fábrica o bien al campo, "Juan Pueblo", como antes, mientras que el resultado de la revolución es de una importancia capital para el combatiente revolucionari@, quien si es victorios@, podrá, con razón, entonar el himno de la liberación, porque verá la felicidad reemplazar al sufrimiento, el paraíso suceder a su infierno.

f) La idea de patria, que arma los pueblos y les lanza a un choque monstruo, l@s un@s contra l@s otr@s, es una idea artificial, inconsistente y criminal; mientras que la idea de revolución, que parte de la voluntad instintiva y profundamente humana de realizar, en beneficio de las multitudes expoliadas y esclavas, la conquista del bienestar y de la libertad, es naturalmente positiva, justa, generosa y santa.

Realmente, es una aberración inadmisible pretender que la revolución, aun cuando se la llame guerra civil y se le asimile a la guerra propiamente dicha, es siempre, quiérase o no, la guerra. Y lo es también sacar de esta errónea asimilación la consecuencia de que si se condena a una es preciso condenar a la otra.

Pienso haberlo demostrado más arriba demasiado suficientemente. Se explicaría difícilmente, o no se explicaría de ninguna manera esta aberración, si no se estaba informd@ de los motivos que empujan ciertos medios a utilizar las afinidades de apariencia que existen entre la guerra y la revolución, para pronunciarse contra la una y la otra y combatirlas con una energía igual.

La tesis de la no violencia.

Esos medios, ¿cuáles son? Estos son de dos clases y son opuestos.

Los que componen el primero de estos medios son de mentalidad pacífico-burguesa; son tan pacifistas contra la guerra, como burgueses contra la revolución. Los que componen el segundo medio, son de espíritu tolstoiano o gandhista. Se declaran irreductiblemente hostiles, «sean cuales sean las circunstancias», al empleo de la violencia, y, por esta razón, se erigen en adversari@s inflexibles de la guerra y de la revolución, que les place, a ell@s también, calificar de «guerra civil», porque no conciben la revolución más que bajo forma de ataques violentos y mortíferos, por una parte, y de resistencias brutales y sangrientas, por otra.

La posición que toman l@s "pacífic@-burgueses" es puramente absurda: como pacifistas, abominan la guerra y se niegan a hacerla; pero, como burgueses, entienden que deben mantener y defender el régimen capitalista el que, como ningun@ no puede desconocerlo, lleva la guerra en sus flancos. De suerte que, ¿incontenible estupidez!, defienden la causa del efecto que condenan. No juzgo útil discutir más esta inconsecuencia.

La tesis que, en nombre de la no violencia, rechaza con la misma firmeza la revolución y la guerra, es más cómodamente sostenible e infinitamente seductora. Es hasta tan atrayente que ni un revolucionari@ se negaría a suscribirse, si dependía de su voluntad que la transformación social, que juzga necesaria y urgente, se realizase sin violencia. Recordemos que no se trata de un cambio de detalle o de superficie. Convengamos que, modificación, reforma, mejoramiento, no son sinónimos de transformación. No perdamos de vista que no podría ser cuestión de estucamiento, de enlucimiento, de reparaciones, de remiendos, de desempeños, de refrescamientos y de decoraciones, destinados rejuvenecer, a apuntalar, a embellecer el viejo caserón y a darle un aspecto exterior menos asqueroso; sino que se trata de proceder en seguida a una completa demolición y de reedificar después sobre unas bases opuestas, con materiales nuevos y según un plano enteramente nuevo, un edificio vasto y confortante, elegante y sólido, salubre y majestuoso. Y, expuesto y convenido esto, examinemos, concienzudamente y sin espíritu preconcebido, si es posible concebir la acción revolucionaria enredándose, persiguiéndose y alcanzándose su objetivo sin la intervención de la violencia. ¿Es cierto que toda revolución, y, especialmente, la revolución libertaria, es decir, la manumisión integral, la emancipación definitiva —aquélla de la cual nos ocupábamos en este estudio—, no puede realizarse sin la violencia?

¿Estarevolución irá acompañada y seguida de esos atentados dirigidos contra las cosas: vandalismos, destrucción, y contra las personas: brutalidades, asesinatos, que caracterizan la violencia? La cuestión está aquí. Estudiémosla atentamente.

Se puede, teóricamente, admitir la idea de la revolución no violenta.

Nada es más fácil que el concebir "teóricamente" una revolución efectuándose sin combate brutal, sin lucha en las calles, sin efusión de sangre; y, no obstante, la idea de revolución lleva en el espíritu de casi tod@s, escenas de carnicería y de asesinato. En cuanto la palabra "revolución" es pronunciada, aparece, instantáneamente y sin reflexión, el cuadro desolador del saqueo, del desorden y del asesinato; proyecta en la imaginación la impresión brusca e irreflexiva de una batalla encarnizada, en la cual rivalizan los odios a saciar, las venganzas a satisfacer, las represalias a ejercer. ¿Por qué? Porque, hasta hoy, ha sido así en el curso de los acontecimientos que la Historia registra en el capítulo de las revoluciones. L@s analistas y l@s historiadores imprimen a estos acontecimientos, que han dejado más o menos profundamente su huella en los siglos pasados, un carácter dramático, un aspecto trágico y, a la vez, horripilante. Mencionan los orígenes y deducen los resultados, hasta cuando éstos han constituido un progreso incontestable, con menos insistencia que la que ponen en fijar la atención del lector en las pasiones desencadenadas en esas épocas de trastorno, y en los desbordamientos y los excesos que les han seguido.

Y la memoria de l@s hombres, habiendo guardado el recuerdo de estas tragedias; su imaginación, habiendo conservado la impresión de estos relatos dramáticos y su sensibilidad natural, quedándose bajo el golpe de las emociones suscitadas en ellos por estos relatos de saqueos y de crímenes, es natural que guarde en su pensamiento la idea de violencia, unida, indisolublemente, a la de la revolución.

Sin embargo, esto no significa que la revolución social, de la que tratamos, sea necesaria e ineluctablemente violenta y que el nacimiento del mundo nuevo, cuyo advenimiento presentimos, se hará fatalmente en el dolor de los combates, en la brutalidad de los choques, en las lagrimas, en la sangre, en los excesos y los odios que escoltan la violencia. Porque, lo repito, se puede perfectamente admitir, al menos en principio, que la revolución social tendrá lugar pacíficamente y l@s anarquistas serían l@s primer@s en regocijarse de ello, y, de tod@s, serían ell@s l@s primer@s en celebrar que así fuera. Basta conocerles, pero conocerles bien, para no dudar.

Con complacencia se suele representar a l@s libertari@s, con rasgos de seres dur@s, insensibles y crueles y, sin esfuerzo, se distingue con qué finalidad l@s dirigentes, que nos tienen odio, han trazado de nosotr@s un retrato tan contrario de la realidad. La verdad es que somos profundamente human@s, cariños@s, dulces y comprensiv@s, y que, si detestamos la esclavitud, el servilismo, el vicio, la mentira, la injusticia y la desigualdad, es porque desconocemos el odio a las personas. Muchas veces he dicho —y afirmo que es verdad—: "Puedo descender en mi corazón y no encontraré nombre alguno detestado". Severa con las instituciones, nuestra filosofía, es indulgente al extremo respecto a la personas, porque la experiencia nos demuestra cada día que el individu@ piensa, siente, quiere y obra de acuerdo con la situación que ocupa, del oficio que ejerce, de las influencias hereditarias que le impulsan, de la educación que ha recibido, de la mentalidad y de las costumbres del ambiente, en el cual ha nacido, ha crecido, vive. (Aquí, no tengo en cuenta las pocas excepciones que, además, no hacen más que confirmar la regla). Debe saberse que si estamos completamente alejad@s de las competencias electorales, no es solamente porque la política, lo que corrientemente se llama política, es sucia y deshonesta, y porque los Parlamentos son antros de corrupción y de duplicidad, más a aún porque somos hombres, nada más que hombres, y sabemos que, sujet@s a los decaimientos, al error, a la cobardía, expuest@s como el común de l@s mortales a los mordiscos de la concupiscencia y de la ambición, si cometiésemos la falta de solicitar y si tuviéramos la mala suerte de conquistar el poder, seríamos tan impotentes para el bien como l@s demás y no podríamos conducirnos ni mejor ni peor que ell@s.

Si la revolución es violenta, l@s jefes no serán sol@s l@s responsables.

He indicado más arriba lo que l@s anarquistas esperan de la revolución social, lo que le piden, lo que de ella exigen: que esta revolución clausure el régimen nefasto de la autoridad e inagure la era bienhechora de la libertad, es, para ell@s, la única cosa que importa.

Si este resultado puede ser el fruto de la persuasión, de la dulzura y de la inteligencia entre capitalistas y proletari@s, entre gobernantes y gobernad@s, nadie sentiría una alegría comparable a la suya; pero si es absolutamente indispensable apelar a la violencia para alcanzar ese objetivo, l@s libertari@s, sin titubear, recurrirán a ella.

¡Ahora bien! ¿De qué depende la transformación social, sea ésta pacifica o violenta? No vacilo en decir que esto no depende de la clase obrera, pero sí de la clase capitalista; tampoco de los pueblos, pero sí de los gobiernos.

Supongamos que la clase dirigente alza, por fin, los ojos y se da cuenta, a la claridad cada vez más viva de los acontecimientos que se han producido, para inspirarle ese temor saludable

que se dice ser "el principio de la sabiduría"; supongamos que l@s burgueses más avisad@s y mejor informad@s (no hay, entre ell@s, sólo cieg@s y tuert@s), terminasen por adquirir consciencia del grave peligro sus pendido encima de sus cabezas. Supongamos que l@s más avisad@s de est@s representantes y portavoces del gran capitalismo, alarmad@s ante una situación que se agrava por momentos y de un confín al otro del mundo, llegaron a pensar que la catástrofe es inminente. Supongamos que llegan a agrupar todo lo que sigue en un cuadro sombrío que no dejaría de impresionarles: irritación de las masas laboriosas odiosamente hambrientas por la falta de trabajo; inquietud de l@s demás trabajadores que trabajan en la actualidad, pero que viven lacerad@s por la incertidumbre del mañana; angustia punzante de los pueblos que oyen pasar por encima de sus cabezas el estrépito siniestro del trueno, que caerá sobre ellos bajo la forma de una guerra cuyo horror sobrepasará a la imaginación; descontento creciente del innumerable tropel de contribuyentes sobre quienes pesa la carga cada vez más aplastante de los impuestos; malestar y cólera suscitados en la clase media por la paralización general de los negocios, la baja gradual de los valores, la debacle bancaria, el desacuerdo monetario. Supongamos que l@s grandes capitalistas que, actualmente, imperan sobre la humanidad, presidiendo su destino, tengan por fin la clara visión de los graves peligros que el conjunto de estas inquietudes, irritaciones, descontentos, angustias, cóleras y revueltas latentes, haga correr a sus riquezas y, hasta aun, a sus personas. ¿No podríamos, por improbables que sean, prácticamente, estas suposiciones, admitir su posibilidad y, en este caso, prever que, cediendo al miedo de ver arrebatados por la Revolución sus bienes, y la vida, l@s detentadores del capital y del poder estimen prudente y discreto renunciar a los beneficios del capital y a las ventajas del poder, antes que correr el peligro de ser desposeíd@s por la violencia revolucionaria?

El campo de la hipótesis es inconmensurable; no nos detengamos en este punto. Sigamos más adelante en el dominio de las conjeturas. Seamos generos@s: concedámosles también la equidad, la mansedumbre, la bondad. Ahí l@s tenéis, equitativ@s: con comparar la ociosidad opulenta en la que viven a la vida de trabajo y de privaciones a la cual se encuentra inexorablemente condenada la fracción más numerosa de la población, l@s privilegiad@s terminarían, supongámoslo, por reconocer esta desigualdad demasiado evidente. Si reflexionasen un poco, descubrirían, no sin cierta vergüenza, mezclada de algunos remordimientos, que su ociosidad y su opulencia son hechas de la actividad y de la indigencia de l@s trabajadores. Su corazón se emocionaría; el sentido de la justicia despertaría en ell@s. Intentarían aliviar los infortunios que les avecinan. Pero pronto se harían constatar que el esfuerzo de su caridad no alcanza y no llegaría a ahogar, hasta débilmente, las lamentaciones y los gritos de desespero que exhala la concavidad demasiado amplia y demasiado profunda del dolor humano. Bajo el efecto de estas desoladoras constataciones, su corazón, desde luego, penetrado por el amor a la justicia, abierto después a la piedad, inclinado al fin hacia la bondad. De una parte, el espíritu de justicia que yace en el fondo de ell@s mism@s, les ha conducido a reconocer que es monstruoso que un@s gocen de lo superfluo, mientras que otr@s están privad@s de lo necesario; que el derecho a la vida es imprescindible y que la vida exige que cada un@ coma con arreglo a su apetito, vista decentemente, tenga un albergue confortable y cultive y posea una parte suficiente de afecto y cariño; por otra parte, los sentimientos de bondad, que son el complemento de los de equidad y que, poco a poco, invaden su corazón, les hacen ver en todos los hombres a sus hermanos, en todas las mujeres a sus hermanas, en tod@s l@s viej@s a sus parientes, en tod@s l@s pequeños a sus hij@s, y a cumplir para con ell@s los deberes de solidaridad que nacen de los vínculos que unen a tod@s l@s miembros de una misma familia. Así se elevan, poco a poco, hasta el nivel de la moralidad más alta. Esta ascensión les permite ver que la pro-

funda inmoralidad de una organización social que todo lo da a un@s, mientras todo lo niega a l@s otr@s; que permite a un puñado de privilegiad@s, el confiscar a su provecho todas las ventajas que confieren el poder y la fortuna, mientras que oprime a l@s segund@s, bajo el fardo de las servidumbres y de las expoliaciones. Por fin amanece el día en que, escuchando los consejos, mejor dicho, las ordenes de su conciencia, prendada de Justicia y cediendo a los llamamientos de la bondad, cuya dulzura hace estremecer sus entrañas, abandonan solemnemente y de común acuerdo, las riquezas que poseen y la autoridad, de la cual están revestid@s. La abdicación de l@s inteligentes ha sido dictada por el temor de ver arrastrados, sus riquezas y su poder, bajo el soplo irresistible de la tempestad revolucionaria; el renunciamiento de l@s buen@s ha sido dictado por la justicia y la mansedumbre; el resultado es el mismo: es la transformación social cumpliéndose sin la intervención de la fuerza bruta y sanguinaria; es la Revolución pacífica realizándose sin violencia, dulcemente, puesto que, habiendo conciliado benévolamente las exigencias de l@s descontent@s, ést@s, al obtener plena y entera satisfación, no tendrán que emplear la violencia para conquistarlo.

Desgraciadamente, unas hipótesis que abren tan magníficas perspectivas, no son más que gratuitas conjeturas que no resisten dos minutos la prueba de la experiencia y de la razón. La experiencia depone contra su verosimilitud y la razón proclama su inadmisión. Y me he permitido formular estas suposiciones con la única finalidad de hacer llegar —como es justo que así se haga— la responsabilidad de la violencia en caso de Revolución, hasta aquell@s de quienes depende únicamente que ésta —la Revolución— sea pacífica o violenta. Que l@s defensores del Capital consientan en restituir a la comunidad el suelo, los medios de producción, de transporte y de intercambio que han acaparado por la rapiña, la conquista, el robo, el fraude, la explotación del trabajo del prójimo, el despojamiento del ahorro, la especulación y las otras miles de formas de expoliación y no será necesario recurrir a la violencia para arrancárselo. Que l@s gobernantes y tod@s l@s que son sus servidores, l@s sostenedores y partidari@s se resignen a abandonar voluntariamente los puestos que ocupan; que renuncien a las funciones que cumplen; que dejen de aferrarse a la Autoridad que detentan y tampoco será necesario, para desposeerles, de apelar a los medios violentos.

El problema tan delicado y tan controvertido del empleo de la violencia en período de transformación, es decir de Revolución Social, se encuentra así expuesto en los términos más simples y más precisos y su posición establecida, en forma tan evidente, que su solución se encuentra enteramente, no, como se ha llegado a creer, en las manos del proletariado que reclama el bienestar y la libertad a l@s que tienen derecho a reclamarlo, sino en las manos de la burguesía pudiente y gobernante que puede, a su antojo, ceder o negar el ejercicio de este derecho, al bienestar y a la libertad. ¿Está esto claro? ¿Se comprende que si en lugar de hacerse sin efusión de sangre —lo que es de desear, pero me parece imposible— la Revolución Social es seguida de violencia, la verdadera responsabilidad de esta violencia será imputable a l@s que, por su falta de lucidez y de altruismo, habrán hecho necesario el recurso a ésta?

La revolución social exige una preparación seria.

Toda Revolución debe ser objeto de una preparación metódica y de duración más o menos larga. Cuanto más considerable es la obra a realizar, más elevada es la apuesta revolucionaria y más cuidados y tiempo esta preparación. L@s conspiradores que traman un complot tienen el deber de prever lo más y mejor posible todo lo que puede suceder. Esta tarea se les hace posible por el hecho de que el complot se limita ordinariamente a un reducido número de conspiradores, de l@s cuales l@s principales, erigiéndose en jefes, deben tomar todas las decisiones, disposiciones y medidas propias a asegurar el éxito. El día, la hora, las consignas, los lugares

de concentración, el reparto de las fuerzas, la distribución de los puestos de avanzada, los movimientos a ejecutar, las precauciones a tomar, las modificaciones a prever, las maniobras a contrarrestar, la resistencia a vencer, las complicidades a asegurarse, los concursos a adquirir, todos estos detalles son objeto, por parte de l@s promotores y de l@s beneficiari@s eventuales del complot, de un estudio atento que abarque un plan, que, a ser posible, debe regularlo todo, preverlo todo, y no dejar nada al azar, a la improvisación. Es por eso que toda conspiración tiene por condición esencial del éxito, el secreto escrupulosamente guardado y la obediencia pasiva de l@s elementos comprometid@s en el complot.

Lo contrario es una Revolución, y especialmente la Revolución Social que aquí estudiamos. De una parte, es imposible tener secreta la preparación de la acción revolucionaria, bajo su aspecto general y en sus grandes líneas, de otra parte, es imposible exigir de las masas insurgentes una obediencia pasiva, una sumisión ciega que, además, no son en manera alguna de desear. ¿Es que puede envolverse en el secreto la propaganda por la palabra o por el escrito, indispensable al espíritu de rebelión que debe propagarse en el seno de las masas para esperar y obtener de ellas que se decidan a entablar, llegada la hora, la acción decisiva? ¿Es que puede organizarse en el misterio el aprendizaje de la multitud y su entrenamiento, al que se ha llamado "gimnasia revolucionaria"? ¿Es que puede ser cuestión anticipada la de fijar una fecha, una hora precisa, un lugar de concentración determinado, de un plan ne variteur, de concentrar golpes de mano, de ataques bruscos, de maniobras improvisadas, de movimientos espontáneos, etc., etc., cuando se trata de una Revolución que, para alcanzar su finalidad, debe tomar, desde el principio y conservar hasta el final, el aspecto de una formidable sublevación popular?

No considero la Revolución como un movimiento caótico, desordenado, saliendo, por fortuita casualidad y continuando del mismo modo; la concibo menos aún sin un plan estudiado. Un plan discutido, concebido, trazado de antemano es útil y necesario. Pero ese plan no debe llevar más que líneas esenciales; debe quedarse plástico y elástico; debe ser de una gran movilidad, dejando la puerta abierta a las iniciativas; debe adaptarse fácil y rápidamente a los cambios y retoques que aconsejen u ordenen las circunstancias y las condiciones variables de la lucha; porque, excelente en ciertos casos, tal estrategia revolucionaria puede ser detestable en otros.

La hora de la Revolución Social no puede ser fijada anticipadamente por ningún adivin@ ni profeta. Esta es como una letra de crédito sin vencimiento fijo, que el proletariado librará a la burguesía capitalista y gobernante, con la moratoria de pagar. Esta letra de crédito no será útilmente presentada hasta que el portador y beneficiario de ella se vea obligado, caso de no cobrarla, de embargar, de expulsar y de expropiar al Capital y el Estado, acreedores asociados y solidarios. Sin embargo, si no está en poder de nadie señalar para una fecha fija el vencimiento de esta letra de crédito, no por eso es menos necesario prever su vencimiento y estar en estado de exigir el cobro de dicho documento de cambio. Es así que entiendo la preparación de la Revolución.

Esta preparación implica la reunión de tres elementos, que son: la educación, la organización y la acción, y es conveniente poner tanta más importancia a cada uno de estos tres elementos y a su conjunto, que la suerte de la Revolución Social —su derrota o victoria—, estará condicionada por la debilidad o el vigor de cada uno de estos elementos y por la insuficiencia o la fuerza de su unión. Para dar a esta preparación garantía de éxito, la importancia decisiva que ésta posee, será, pues, útil detenernos en cada uno de estos elementos y de establecer el vínculo que los une, sin olvidar por un solo momento que la Revolución Social debe ser anarquista, so pena que no sea una Revolución defectuosa; que, por consiguiente, anarquista debe ser la educación, anarquista la organización y anarquista la acción y esto en seguida, puesto que estamos, desde

este momento, en pleno período de preparación y puesto que este trabajo preparatorio consiste en precipitar la eclosión de la fase revolucionaria propiamente dicha y a asegurar al Anarquismo, "desde su advenimiento", la más potente vitalidad y las mejores condiciones de desarrollo.

Pero a propósito de mi estudio sobre "el anarquismo", he insistido copiosamente sobre el papel de cada uno de estos tres elementos y en el total de condiciones favorables que su acoplamiento asegura, al triunfo de la Revolución Social, en cuanto a la preparación. Además, no queriendo volver a insistir, remito a las páginas correspondientes de dicho trabajo, al lector al que no dejarán de interesar estas múltiples indicaciones. Me limito a añadir que cuanto más vigoroso y fecundo haya sido, al curso de la fase preparatoria, el esfuerzo de educación, de organización y de acción libertarias, más pronto estallará la misma Revolución, más breve y menos violenta será la obra de destrucción, y más rápido y seguro el trabajo de edificación de un medio social que tendrá por fundamento la libertad sin otros límites que lo imposible.

El período transitorio. La dictadura.

Se discute, más bien se ergotiza hasta lo infinito, en los partidos socialistas y comunistas, sobre lo que estos partidos califican de "período transitorio". L@s teóric@s lideres de estas dos corrientes del socialismo autoritario, entienden por tal "período transitorio" un lapso de tiempo indeterminado durante el cual, siendo ya un hecho realizado, la Revolución, "como ell@s la conciben", se necesitará, por una parte, rechazar tentativas de retorno ofensivo a las cuales, dicen, habrán de librarse las fuerzas concentradas del Capital y del Estado y, por otra parte, proceder a la puesta en marcha, al desarrollo y a la estabilización de la nueva organización social. Hacen salir ese "período transitorio" de la época en la que el movimiento isurreccional habría triunfado y lo extiende hasta aquella en que el nuevo régimen, habiéndose desembarazado de sus enemigos interiores y exteriores, se dedicará efectivamente a la instauración de un medio social colectivo o comunista. Estas dos fracciones desavenidas de la noción del "Estado socialista", llegan inclusive hasta izar, para el mañana inmediato al triunfo de "su" Revolución, un Régimen de Dictadura feroz y absoluta que tienen el descaro de bautizar "Dictadura del Proletariado". Y tienen la hipócrita imprudencia de afirmar que esta dictadura es indispensable a la salvaguardia de la Revolución y a la defensa de las conquistas revolucionarias. Todo está en saber de qué naturaleza es la mercancía que cubre un tal pabellón.

¡Pues bien!, esta mercancía no es más que una "miteuse" pacotilla, y la Revolución cuyas conquistas pretenden salvaguardar aprovechados de la "dictadura" no es más que un desecho de imitación de la Revolución.

¿Cuál es esa pacotilla? ¿En qué consisten esas conquistas revolucionarias? Examinemos aquélla y éstas fríamente y desde el nuevo punto de vista revolucionario, punto de vista del cual ningún revolucionari@ consciente no puede reputar la exactitud. He aquí:

Al amparo de múltiples circunstancias convergentes que han puesto en descrédito a los poderes establecidos, han evidenciado la maleficencia y la absurdidad del régimen capitalista, provocando en las masas populares una fermentación excepcional, poniendo al desnudo la incapacidad de l@s dirigentes, en una palabra para decirlo todo; creada y revelada públicamente una situación catastrófica, ha estallado una poderosa insurrección, la cual por su amplitud y su extensión naturales ha alcanzado bruscamente las proporciones de una formidable Revolución. L@s revoltos@s han echado del poder a los gobernantes militares y civiles; la fuerza armada ha sido derrotada, quedándose l@s revolucionari@s dueñ@s del campo de combate. En este magnífico sobresalto de cólera y revuelta, todas las fuerzas proletarias se han acoplado, obligando a huir a l@s dueñ@s del día y a sus defensores. Atacada por todas partes, tomada al asalto, la fortaleza, de donde, aún ayer, salían todas las decisiones de resistencia y todas las órdenes de

ordenes de masacre, ha tenido que rendirse. Poseíd@s de pánico, aterrorizad@s, alocad@s, l@s que la ocupaban se han dispersado en un "sálvese quien pueda" general, y hech@s prisioner@s, cogid@s como rehenes, privad@s de todas las armas, l@s que no han tenido tiempo de aprovecharse de la desbandada general, han sido reducid@s a la impotencia.

En su justo furor, la masa revolucionaria está resuelta a poner fuego a los cuatro costados de esta fortaleza maldita, centro baluarte de todas las autoridades: políticas, económicas y morales. Cuando esta ciudadela, presa ya de las llamas vengativas, haya sido destruida completamente, cuando ya no quede nada, estará libre el camino, tanto tiempo obstruido, y, por fin, el proletariado, dueño de sus destinos, en un empuje irresistible de entusiasmo, confiado en la estrecha unión que le ha valido la liberación, quedándose sólidamente unido y solidario, organizará de prisa, para responder a las necesidades que no tienen espera, la vida igualitaria y fraternal que han entrevisto l@s libertari@s y para la cual han preparado los espíritus y los corazones por medio de la propaganda activa, perseverante y apasionada.

Pero esta perspectiva radiante no hace el "affaire" de l@s jefes que los partidos políticos se han dado. ¿Es que est@s "señores" han escrito tantos artículos, pronunciado tantos discursos, edificado filosofías y sistemas de una solidez que proclamaban científica y a toda prueba; se han empujado al parlamento e instalado en los sitios más ventajosos; han adquirido una notoriedad tan brillante; en resumen, se han buscado tantos dolores de cabeza, se han impuesto unos sacrificios tan grandes, han trabajado tan incansablemente para substraer a l@s trabajadores de la influencia de l@s mal@s pastores de la burguesía y para ponerl@s bajo su propia gayata; han hecho todo esto, para que de un golpe, se derrumbe el sueño de dominación que les encanta desde tanto tiempo, para que de esta victoria que han preparado fervientemente y cuya hora han esperado con tanta impaciencia, no les quede personalmente ningún provecho?

¿Pero es que se va a prescindir de los consejos de sabiduría (o de cobardía), que en los días más difíciles han prodigado tan generosamente a las tropas fieles que habían militarizado y que, no hace mucho, l@s seguían ciegamente y les obedecían con pasividad, en aplicación de esa disciplina de la cual declaraban sentenciosamente que es la principal fuerza de los partidos, lo mismo que l@s militares profesionales afirman que es la fuerza de los ejércitos?

¡No y no! Esto no es posible.

Pronto, jefes y jefecill@s se reúnen... para pensar, estudiar la situación y tomar las medidas necesarias. Y guardándose muy bien de hacerse, l@s un@s a l@s otr@s, las confesiones de las ambiciones que les roen, disimulan a lo mejor la sed de dominación que les devora. Tod@s l@s que, en el curso de los años precedentes, se han especializado, quién en la Agricultura, quién en los Negocios extranjeros, quién en las Finanzas, quién en la Administración interior, quién en la Guerra, la Marina o la Aviación, quién en los Trabajos Públicos o Comunicaciones, quién en as Bellas Artes, el Comercio o la Industria, la Higiene y Sanidad, el Trabajo o toda otra rama de la vida nacional, hacen valer su competencia y atraen la atención de sus correligionari@s sobre los servicios que podían prestar, cada un@ insiste en la gravedad de las circunstancias, en la urgencia y la necesidad de hacer frente a las exigencias inmediatas, de restablecer el orden, de tranquilizar a l@s camaradas, de inspirar confianza a tod@s.

Y zumban los grandes períodos oratorios a quién más y mejor. Cada un@ aprecia que ha llegado la hora de aceptar las más graves responsabilidades y con la mano en el corazón y "trémolos" en la voz, el ojo encendido de la llama del más opuro sacrificio, cada especialista se declara prest@ a sacrificar su reposo, su salud y hasta su existencia, para defender, desde el puesto que le será asignado por la confianza de sus amig@s, los intereses sagrados de esta Revolución que el Pueblo admirable ha regado con su sangre.

Tod@s están, desde luego, penetrad@s de este sentimiento profundo de su superioridad que la costumbre de hablar y de obrar como jefes, escuchad@s y obedecid@s, ha introducido y gradualmente desarrollado en sus personas: están, además, a tal punto convencid@s de que las masas son incapaces de dirigirse por sí mismas, de discernir la vía que es precisa seguir, de adptar decisiones razonables y de sujetar prudentemente su conducta, que llegan insensiblemente a convencerse l@s un@s y otr@s de que tienen el deber de constituirse en una especie de gobierno provisional, investido de los poderes más extensos.

Esta proposición es adoptada por unanimidad. El gobierno provisional, llamado "de defensa revolucionaria", se constituye por un reparto de atribuciones y de poderes, con objeto de satisfacer todas las ambiciones y apetitos. Se trata, ahora, sin perder un minuto, de llevar esa gran noticia al conocimiento de tod@s. La noche ha sido suficiente para el cumplimiento de tantas tareas. A la mañana siguiente, los muros de la capital aparecen tapizados de carteles anunciando, en términos líricos, que l@s hombres más inteligentes, l@s más conscientes, l@s más honrad@s, l@s más competentes, l@s que, por toda una vida consagrada a la defensa de l@s humildes, a la educación y a la preparación de las clases laboriosas con vistas a la instauración de una sociedad de hombres iguales y libres, han merecido la confianza del Pueblo, han "consentido", a petición de las más poderosas organizaciones revolucionarias, en asumir las pesadas responsabilidades y las cargas más enojosas del Poder.

Esta proclamación, no deja de afirmar que este Poder será suave respecto de l@s "buen@s", es decir de l@s que han contribuido a la victoria y secundaran el esfuerzo del Gobierno; pero que harán uso de las sanciones más severas contra l@s "mal@s", es decir, contra tod@s l@s que intenten combatir, perturbar o comprometer las conquistas revolucionarias. Declara, también, de una manera muy expresiva, que el Gobierno provisional limitará estrictamente su duración a la del "período transitorio".

Aviones, automóviles, trenes rápidos, lanzados en todas las direcciones, el telégrafo, el teléfono y la T.V., febrilmente utilizados, propagan esta información hasta los más modestos burgos de la provincia.

Pues bien, es en este preciso momento en el que se juega el destino de la Revolución victoriosa. Si la población insurreccional no reacciona in continenti, si no tiene a la "misma hora", el sentimiento que la constitución de este Gobierno provisional equivale al estrangulamiento de la Revolución, si no tiene "inmediatamente" la convicción de que este Gobierno, armándose de un poder ilimitado, se transformará en una Dictadura y que esta Dictadura, es la confiscación de las conquistas revolucionarias, en provecho exclusivo de l@s dictadores y de su partido, la victoria de l@s insurgentes se encuentra "ipso facto" prácticamente anulada.

Si la indignación de l@s elementos verdaderamente revolucionari@s no se traduce, al instante mismo, en una continuación de la sublevación insurreccional popular; si esta sublevación no alcanza la potencia de una oleada de fondo, rompiendo la nueva Autoridad, la Revolución está mortalmente herida y no tarda en sucumbir, estrangulada por la perfidia, el orgullo y el espíritu de dominación de l@s mism@s que se proclamaban sus defensores.

El menor sosiego dado a los nuevos am@s les permite restablecer el funcionamiento de las palancas de mando de las cuales habían sido desposeid@s sus predecesores y de adueñarse de ellas, de reponer en acción todo el mecanismo gubernaental, de instalar sus hombres de confianza a la cabeza de todos los servicios de dirección, de rodearse de una nube de burócratas y de un ejército de funcionari@s, de resucitar la Magistratura, el Ejército y la Policía que la Revolución había descuartizado, de asentar su poder en el concurso interesado de un@s, en el servilismo de otr@s y en la indiferencia del mayor número.

Una vez establecida, la Dictadura se vuelve cada día más intolerable y represiva; ésta rivaliza en abusos de poder, en arbitrariedad y en ferocidad, a los regímenes más odiados.

Jamás l@s favorit@s de la Dictadura —am@s como l@s otr@s, y a veces peores—, reconocerán su inutilidad y mucho menos su maleficencia; jamás reconocerán que "el período transitorio" ha llegado a su término y que, de esta forma, cumplida la misión que se habían asignado, su papel ha dejado de ser imprescindible. Como l@s am@s y l@s jefes de todos los tiempos y de todos los lugares, se creen necesari@s, jamás llegado el momento de abdicar, de abandonar el Poder, al cual se arrogan desesperadamente su despotismo, su vanidad y sus apetitos, y se necesita una nueva Revolución para hacerles dejar la presa.

El programa de los partidos políticos, que se visten abigarradamente con la etiqueta socialista o comunista, consiste en expropiar política y económicamente a la clase capitalista.

Echar la Burguesía del Gobierno e instalarse en su puesto y lugar, he aquí lo que entienden por expropiación política de la clase capitalista. Apoderarse de toda la clase de riquezas que esta clase detenta, y hecha esta confiscación, estatificar la propiedad, declarándola nacional y confiar su gerencia al Estado, "su" Estado, eso es todo lo que entienden por expropiación económica de la burguesía. ¡He aquí "su" Revolución!

Semejante concepto de la Revolución conduce, por una nueva pendiente, a la noción del período llamado "transitorio" y si se admite que, para reducir al mínimo la duración de este "período transitorio", es indispensable un gobierno fuerte, una autoridad intransigente, se llegará por una pendiente no menos natural, a la noción de Dictadura.

Este concepto de la Revolución no es solamente el nuestro. Corresponde a la idea de una Revolución político-económica; nunca a la idea que nosotr@s nos hacemos, de lo que será, de lo que debería de ser, so pena de que termine en un fracaso de Revolución "Social", la nuestra, aquella fuera de la cual, la Historia no registrará jamás Revolución verdadera alguna.

El famoso período transitorio no es otra cosa que el período de reparación.

L@s anarquistas no niegan la existencia de un período transitorio, se demostrarían desprovist@s de todo juicio si pensasen que, inopinadamente, sin transición y, por decirlo así, de la noche a la mañana, el Comunismo Libertario va, efectivamente, a sustituir al Capitalismo y al Estado.

En materia de Revolución, se presta a l@s anarquistas —si el adagio es cierto, ¡precisa que seamos ric@s para que se nos presten tantas cosas?— yo no sé cuál concepción romántica, vetusta y descabellada. He encontrado a centenares, las gentes que, a quemarropa, me han expuesto esa espeluznante cuestión: "Si la revolución estallara de la noche a la mañana, qué harías?" ¡Y había que ver con qué aire y sobre todo con qué tono me habían lanzado esta "bola"!

Pues bien, no contesto a una cuestión tan absurda. Sí, absurda es esta cuestión, cuando es dirigida a l@s anarquistas: ¡Oh! concibo que se le dirija a socialistas o a comunistas. Para ell@s, basta con que se apoderen del poder, que se instalen y se queden en él y la revolución es un hecho realizado: ya no hay más que instaurar la dictadura para defender y estabilizar el nuevo Estado.

Pero, al día siguiente, vuelve a haber, como en el pasado, gobernantes y gobernad@s, dictadores en ejercicio y una masa de esclav@s, desde "arriba" y desde "abajo", un@s ricamente retribuid@s y otr@s pobremente pagad@s, funcionari@s a tropel, burócratas en cantidad, una multitud de "moscas del coche", que susurran y se agitan tanto más cuanto menos producen; un Estado con sus leyes, sus gendarmes, sus diplomátic@s, sus polític@s y sus soldados. L@s pastores que se engordan con la carne y se enriquecen con la lana del rebaño proletario, no son

l@s mism@s, exacto, pero el rebaño no deja por eso de ser esquilmado y devorado. En el fondo, nada ha cambiado, salvo la etiqueta y el color; pruebas: Rusia, en donde el zar se llamaba X...., o Z...., y l@s ministr@s comisari@s del pueblo, donde l@s confidentes y soldados son roj@s, donde l@s ogiotistas hacen su agosto, donde algun@s comen más de lo que necesitan, mientras que la inmensa multitud de obrer@s y campesin@s se aprietan el cinturón. No puede dudarse de que una revolución (?) de este calibre pueda estallar de la "noche a la mañana", por un simple golpe de fuerza preparado y hábilmente ejecutado.

¿Pero qué hay de común, que se nos diga, entre ese cambio de etiqueta o de color y la Revolución "Social"?

En la etiqueta que lleva el frasco leo bien "Estado obrero y campesino; dictadura del proletariado; gobierno de los soviets". Veo bien todavía que la etiqueta y el frasco son de color rojo; pero el líquido contenido en el frasco no ha cambiado y es siempre la bebida envenenada de servidumbre, de miseria y de engaño la que contiene.

He oído muy bien proclamar por persistencia que, en ese inmenso país, la Dictadura bolchevique persigue la edificación del Comunismo y la liberación de l@s ciento cincuenta millones de obrer@s y campesin@s que pueblan ese gigantesco territorio; pero yo sé que la abolición del régimen patronal y la supresión del asalariado, que son el a, b, c de todas las realizaciones prácticas del Comunismo, aún están allí en el estado de perspectiva y de promesa; yo sé que la prostitución y la mendicidad, negación de todo medio social en vía de realización comunista, son una epidemia que no ha sido atajada; yo sé que los puestos más ventajosos, las situaciones privilegiadas y los trabajos más agradables y menos pesados están acaparados por l@s miembros del Partido Comunista. Yo sé que cualquiera que se aleje —por poco que sea—, de la línea trazada por la seudo dictadura del Proletariado, es tratad@ como criminal, como apestad@.

Yo sé que las masas campesinas y obreras están allá, obligadas por el látigo dictatorial, al trabajo forzado y condenadas a las privaciones más crueles. ¿Sería esto... la Revolución?... ¿Sería esto la edificación del Comunismo?...

Nuestra revolución, en nuestro sentir, derribará completamente toda la actual estructura política, económica y moral y, encima de estos escombros, instaurará "un medio social que asegurará a cada individu@ el máximo de bienestar y de libertad". Haced penetrar bien esta idea en la cabeza; pesad bien, sucesivamente, y sin precipitaros, cada término, seguid el encadenamiento riguroso del pensamiento expresado y comprenderéis todo el programa libertario.

Hace cuarenta años[1], que escribí estas líneas en mi volumen de ensayo de filosofía libertaria: El Dolor Universal. "Bienestar y Libertad", he aquí el objetivo constante hacia la cual han tendido y tenderán, con toda su voluntad, l@s anarquistas de todos los tiempos. Una vez abierta ante "cada individu@, es decir, ante tod@s l@s seres human@s, sin ninguna excepción", la vía que conduce a un bienestar acrecentado sin cesar y a una libertad siempre más completa, el empujón se producirá, la marcha hacia delante seguirá su curso tan rápidamente y tan lejos —pues siempre irá más lejos y sin descanso—, como el progreso indefinido.

Pero es indispensable que, ante todo, se abra la vía y para lograrlo, deben romperse los obstáculos que la obstruyen.

Estos obstáculos son, como sabemos, los obstáculos de orden político que acoplan al Estado y los obstáculos de orden económico que reúne el Capitalismo. Esos dos grupos de obstáculos no pueden ser eliminados más que por el esfuerzo victorioso de las masas oprimidas por el Estado y explotadas por el Capitalismo.

Romper, destruir para siempre estos obstáculos; ello significa el primer empuje, la obra revolucionaria, mejor aún: la Revolución misma.

Un tal resultado —imbécil quien no lo conciba— presupone un período preparatorio, al cual nadie puede fijar la duración, duración que es razonable prever que abarcará cierto tiempo. Cuando, de una parte, el lodazal político, la incoherencia económica, las "corruptelas" escandalosas de las clases dirigentes, habrán llevado al colmo la indignación popular; cuando, por otra parte, la educación de l@s trabajadores habrá aumentado su comprensión hasta el punto que tendrá conciencia de la incapacidad de la clase burguesa y de la capacidad de la clase obrera; cuando el proletariado habrá reforzado su organización, multiplicado y justificado sus agrupaciones de combate; cuando al fin, sea arrastrado a la acción por una serie de luchas: huelgas, motines, agitaciones de toda clase, llegando, en ciertos casos, hasta la insurrección; entonces, será suficiente, para que la Revolución estalle, la gota de agua que hace desbordar la copa.

Hete aquí el verdadero período "transitorio". No es otro que el período preparatorio; principia en el momento en que el Estado y el Capitalismo, habían alcanzado, en su marcha evolutiva, su apogeo, entran en la fase del declive, debilitándose gradualmente, no solamente por el "desgaste" al cual está sometido todo mecanismo atacado por el uso, sino más aún a consecuencia del desarrollo progresivo de los gérmenes de muerte que lo invaden, mientras que paralelamente, sincrónicamente, se elaboran y se fortifican las formas embrionarias del nuevo organismo social.

¿Quién se atrevería a sostener que, en lo concerniente al Capitalismo y al Estado, esta fase del declive no está abierta desde este momento? ¿La crisis sin precedentes y sin igual, que atraviesa el mundo contemporáneo, crisis política, económica, intelectual y moral, crisis que alcanza las fuentes de vida y paraliza las actividades más necesarias, crisis que se extiende al mundo entero y ataca más gravemente que a los otros a los países donde el Capitalismo está más desarrollado y el Estado más sólidamente sentado; esta crisis no lleva en sí la revelación de un viejo mundo, un poco caduco ya y que marcha a grandes pasos hacia su término? ¿Qué se ha dicho y qué no se dirá aún de esta crisis misma, de sus rasgos especiales que la caracterizan, de los estragos que ejerce, de las miserias que engendra, de las contradicciones tan absurdas como criminales, de las cuales ostenta el sello de la subversión, de la tabla de los valores que determina, de los pánicos que suscita, de las quiebras, que arrastra, de las ruinas que provoca, de la "debacle" general que le sigue?

Las finanzas de los Estados más potentes y justamente considerados como los más repletos de riquezas, están en la pendiente de la bancarrota, el lodazal político, llega a su colmo, las monarquías se derrumban, las repúblicas tambalean, el fascismo triunfante aquí y allá, pasea un poco por todas partes su máscara horrible del terrorismo sanguinario; el régimen bancario industrial y comercial, está amenazado de hundimiento; millones y millones de "parad@s", espectros pálid@s y esquelétic@s, pasean en bandas hambrientas; por todas partes y en todo se manifiestan, odiosas, intolerables, las consecuencias de una situación política, económica, intelectual y moral de día a día más catastrófica. La humanidad está al borde del precipicio.

Esta es, actualmente, la situación que hubiera podido, sin caer en la exageración, dramatizar mucho más; este es el estado al cual han llegado, en 1933, el Capitalismo y el Estado. Esta situación, no puede prolongarse mucho tiempo, y, en su conjunto, plantea, en términos claros, sin ambages, un problema que exige una solución a fecha corta.

La fase en la cual nos encontramos no puede ser de larga duración. El problema requiere, con toda urgencia una solución; ésta no puede ser racional y humanamente, más que una transformación social; esta transformación no puede salir más que de la Revolución Social. Por consiguiente, ¿no tengo razón al decir que el "período transitorio" ha principado, que estamos de

lleno en él, que este "período transitorio" no es, en realidad, otra cosa que el período preparatorio?

El "período transitorio", es, de hecho, una hábil pero ruin invención imaginada por l@s incorregibles partidari@s del principio de Autoridad que ambicionan, y, para mantener este principio, al día siguiente de un movimiento revolucionario "vencedor". Fijar este período transitorio, así como nosotr@s lo hacemos y tenemos razón para hacerlo, "antes" de la Revolución "social", es quitar a est@s seudo-revolucionari@s toda esperanza de confiscar en su provecho esta Revolución. El único medio de conservar esta esperanza consiste, para est@s escamoteadores, en situar el período mentirosamente llamado transitorio "después" de la Revolución triunfante. Me ha parecido necesario desenmascarar esta maniobra. Y lo he hecho.

Nuestra revolución

La Revolución Social que l@s libertari@s tienen en perspectiva y a cuya preparación consagran lo mejor de ell@s mism@s, será precedida, lo he dicho ya, de un período más o menos largo de gestación y su "desencadenamiento", no se producirá hasta que no se reúnan las siguientes condiciones: se necesitará, "ante todo", que un conjunto de acontecimientos y un concurso de circunstancias cree una situación revolucionaria.

No cometeré la imprudencia de precisar en qué consistirá este concurso de circunstancias y este conjunto de acontecimientos. Puede ser que sea un amplio movimiento de huelga arrastrando rápidamente en su órbita un número cada vez más elevado de ramos y de "huelguistas", movimiento que tome el carácter y alcance las proporciones de una huelga general insurreccional contra la propiedad que eche a la calle a una multitud de trabajadores. Puede ser que sea una amenaza de movilización general ante una guerra inminente y particularmente impopular.

Puede ser que sea una crisis económica provocando paulatinamente un malestar general, una inquietud profunda y un descontento cada vez más vivo. Puede ser que un régimen fiscal por demasiado manifiestamente inocuo, un gran escándalo financiero o judicial, una decisión parlamentaria hiriendo violentamente el sentimiento público, un abuso del poder gubernamental revolucionando la conciencia popular. Todas estas circunstancia son susceptibles de provocar el incendio y de hacer de él, en un santiamén, un brasero inmenso y ardiente, por poco que la chispa caiga en materias saturadas de productos inflamables.

Precisará "después", que la situación general sea grave e inextrincable, a tal punto, que comprometa tan profundamente la responsabilidad del régimen social y que demuestre tan claramente la incapacidad de los Poderes Públicos, para restablecer el equilibrio, en remediar el daño, en conjurar la catástrofe, que el pueblo llegue a perder toda confianza en l@s que gobiernan.

Se necesitará, "también", siendo la situación revolucionaria, que exista, en las masas populares, un espíritu de rebelión y una fermentación revolucionarias suficientemente pronunciada, para que una minoría consciente, activa, se destaque, y, en contacto con las masas, tenga la posibilidad de levantar a éstas, a manera de la levadura que levanta la pasta.

Añadamos a estas consideraciones primordiales:

a) Una ruptura cada vez más evidente "en el equilibrio" político, económico y moral del régimen capitalista.

b) Una propaganda activa y perseverante, estimulando la educación revolucionaria de l@s trabajadores.

c) Una organización sólida, potente, susceptible de reunir, en hora prefijada por la gravedad de las circunstancias, todas las fuerzas de revuelta constituidas por agrupaciones numerosas y

enérgicas.

d) proletariado adiestrado en la "acción" decisiva por una serie de perturbaciones, de agitaciones, de huelgas, de motines, de insurrecciones.

Reunidas estas condiciones, se puede estar en la certidumbre que la revolución, estallando al conjuro de uno de estos acontecimientos que sublevan, arrastran, apasionan a las multitudes y las precipitan instintivamente en un arrojo tumultuoso, contra el régimen que quiera destruir, no se detendrá en mitad del camino. Este movimiento en el que l@s anarquistas habrán sido l@s primer@s en tomar parte con la rapidez, el empuje, la resolución y la valentía que no se les puede disputar, y de los cuales seguiran siendo l@s animadores, llegará hasta el final, es decir, hasta la victoria.

Esta fase de más o menos duración del drama revolucionario, será el punto culminante y decisivo. No acabará hasta que el aire puro y regenerador de la revolución libertaria haya arrastrado las instituciones de despotismo, de robos, de decaimiento intelectual y de podredumbre moral que están en la base de todo régimen social que se inspira en el principio de autoridad.

Esta revolución llevará en sus "flancos" todos los gérmenes de desenvolvimiento del nuevo mundo, que engendrará en el alocamiento y en el terror de los privilegios y en la alegría y el entusiasmo de l@s desheredad@s.

L@s anarquistas procurarán que ésta no sea un aborto.

Sabrán aprovechar las duras enseñanzas que producen los movimientos revolucionarios registrados por la historia. Estarán todo el tiempo que sea necesario, en estado de permanente insurrección contra las tentativas de restauración autoritaria: política, económica o moral. No confiarán a ningún poder la salvaguardia de las conquistas revolucionarias. Llamarán para la defensa de estas conquistas, contra toda dictadura, a la multitud de esclav@s, ya libres.

No obstante, persistirán en esa actitud, después de la tormenta revolucionaria, como antes y durante ésta, l@s enemig@s irreductibles del principio de Autoridad y de sus nefastas consecuencias y l@s guías de la clase obrera. Orientarán y mantendrán los primeros pasos de esta multitud en la vía definitivamente abierta de la organización libre de la vida social, organización basada en el libre acuerdo de l@s propi@s interesad@s.

Resumo y preciso brevemente un pensamiento sobre este punto: en período revolucionario l@s libertari@s deberán "destruir", "impedir" y "reconstruir". Deberán hacer todo lo que dependa de ell@s para que estas tres tareas sean emprendidas, se sucedan, se encadenen y sean cumplidas en el más corto lapso de tiempo. Consagrando toda la plenitud de sus esfuerzos.

1º. "A destruir". ¿Qué destruir? Quiero esperar que nadie me hará la injuria de que entiendo con esto la destrucción de los inmuebles, de las máquinas, de los productos de todas clases, de las obras de arte amontonadas en las bibliotecas, de los tesoros artísticos que adornan los museos, de esta fabulosa acumulación, pasada y presente. ¿Entonces, la Revolución sobre las ruinas? Mientras que nuestra Revolución debe tener por resultado restituir a la comunidad humana el magnifico patrimonio que su trabajo secular ha constituido y que le han robado l@s tiran@s y l@s rapaces. Sería una locura y crimen destruir este patrimonio. Además, destruir los inmuebles sería privar a la población de las habitaciones de las cuales tendrá necesidad para albergarse, de las camas, de los muebles y de los utensilios, que le serán necesarios. Destruir las máquinas, romper estos obreros mecánicos, cuya misión será, hecha la Revolución, suprimir casi totalmente el esfuerzo doloroso de l@s human@s, multiplicando hasta lo infinito su capacidad de producción, sería una monstruosa estupidez. Destruir los productos acumulados en los almacenes y las reservas, mientras que las necesidades de alimentación, de vestir, etcétera, no

podrán ser satisfechas más que con el apoyo de estos innumerables productos, sería una idiotez. No. Todas estas riquezas deberán ser, al contrario, preciosamente conservadas y, en la medida que se pueda, cuidadosamente puestas al abrigo de toda destrucción.

Pero destruir, y de abajo arriba, sin el menor recelo ni restricción, todas las abominables instituciones que, desde tiempo inmemorial, han hecho la desdicha de l@s hombres: Propiedad, Estado, Parlamento, Ejército, Magistratura, Policía, Religión, Moral impuesta, todas las cosas que no han nacido ni vivido más que al favor del principio de Autoridad, factor de mentiras, de errores, de creencias absurdas, de prejuicios, de cobardías, de trapacerías, de crueldades, de injusticias, de desigualdades, de odios, los cuales han hecho de la Tierra un planeta constantemente regado de lágrimas y de sangre. Tal es la destrucción a operar.

2º. "A impedir". ¿Impedir qué? Impedir, por todos los medios y cueste lo que cueste, que el principio de Autoridad, que la Revolución Social debe abatir, pueda sobrevivir o renacer bajo una forma nueva, o un "nombre" inedito. ¡Maldita toda Revolución que, en esta vía, no fuera hasta la meta del camino a recorrer! Habrá, en este caso, trabajado en vano. Ninguna de las Revoluciones del pasado ha alcanzado plenamente el objetivo que se proponía, porque (lo he dicho ya, pero hay verdades que jamás se repiten demasiado), todas no han atacado más que a una parte del mal que debía matarse totalmente; y bajo nuevas formas, insospechadas e imprevistas, el mal ha reaparecido. Victoriosas, habiéndose dormido a la sombra de los laureles, confiada en su victoria, que ésta creyó definitiva, la Revolución se ha despertado prisionera y vencida; el mal que creía haber matado, no lo había sido; gravemente herida, había curado sus heridas y había retornado insensiblemente a la vida. Árbol del cual la Revolución había cortado las ramas y abatido el tronco, pero del cual l@s revoltos@s habían apagado las llamas, sin apagar completamente el fuego, sin inundar las cenizas aún humeantes; mal, del cual l@s revolucionari@s habían combatido las manifestaciones exteriores sin extraer el germen interior; hiedra de Lerme de la cual el Pueblo-Hércules había cortado seis cabezas, descuidándose de cortarle la séptima. Las raíces del árbol que se quería abatir no habiendo sido extirpadas, el árbol ha brotado. El foco del incendio, no habiendo sido siquiera completamente apagado, no habiendo sido siquiera dispersadas, ni ahogadas, las cenizas aún humeantes, en torrentes de agua, el incendio se ha reproducido. El mal autoridad que roía el cuerpo social no habiendo sido atacado más que en sus manifestaciones externas y visibles, sin extirpar el virus que lo produce, el mal ha recomenzado y determinado las mismas devastaciones.

Es la historia de todas las revoluciones que han sacudido el mundo y cuyos resultados han sido anulados a continuación.

La Revolución Social, sea cual sea la época en la cual ha de estallar, hallará en su camino adversari@s peligros@s. Est@s enemig@s serán tanto más peligros@s, cuanto que se mezclarán más o menos en la batalla (si esto no ocurre con ninguno de sus jefes ocurrirá con algun@s de sus militantes). La vigilancia de l@s anarquistas no deberá debilitarse un solo momento. Si el movimiento revolucionario es vencido, nada ha de temer de las maniobras de l@s jefes socialistas o comunistas. ¡Pero si la Revolución triunfa, atención! La acción de l@s anarquistas, de l@s anarcosindicalistas, de tod@s l@s que trabajan "sinceramente" y de todo "corazón" por la Revolución Social, será de vigilar celosamente, en este caso, las maniobras de dich@s jefes, de denunciar ardientemente sus mangoneos, de combatir intrépidamente su manejo, de levantar contra sus artificios la masa de l@s sublevad@s, al objeto de oponer al cumplimiento de sus criminales designios una barrera infranqueable y de "impedir" así toda supervivencia autoritaria, es decir, todo gobierno provisional, toda resurrección del Estado, toda dictadura.

He aquí lo que yo entiendo por este término: "impedir".

3º. A "reconstruir". Esta palabra es suficientemente clara y expresiva para que me entretenga en largas explicaciones. Reconstruir es la consecuencia y la continuación de destruir e impedir. Habiendo sido "destruida" la Autoridad e "impedida" toda restauración del Capitalismo y del estado, es evidente que deberá "reconstruirse". Y esta reconstrucción deberá seguir lo más cerca posible la destrucción. La obra positiva deberá suceder, por decirlo así, sin interrupción a la obra negativa. Reconstruir, inmediatamente, eso será una necesidad porque la vida colectiva, no puede tampoco, al igual que la vida individual, sufrir una interrupción prolongada, teniendo el organismo social a toda hora unas funciones a cumplir y unas necesidades a satisfacer al mismo titulo y por idénticas razones que el organismo individual.

El conjunto de estas necesidades se resume en una palabra: consumir. Pero como no se puede consumir más que lo que ha sido previamente producido, no se puede menos que asociar estas dos acciones prácticamente inseparables: producir y consumir. Unas sabias teorías, algunos ingeniosos sistemas, se han detenido a precisar en qué manera, en qué condiciones y por que medios la producción libremente organizada y obtenida equilibrará y hasta sobrepasará la suma de las necesidades a satisfacer.

Extremadamente complejo en apariencia, este problema aparece, en realidad, de una solución simple y fácil, cuando se la examina de cerca, tras la Revolución, que haya cambiado totalmente la organización del trabajo. En cuanto a la repartición de los productos, siendo reconocido, respetado y practicado el derecho de cada un@ a la vida, éste es más simple aún y más cómodo organizarlo y asegurarlo, equitativo y fraternal. La puesta en marcha de un mundo enteramente nuevo y el establecimiento de relaciones individuales y de relaciones colectivas de acuerdo con el principio de libertad, originando ciertas condiciones de vida opuestas a las precedentes, provocarán los tanteos, los ensayos, los cambios de impresión, que un@ se imagina. No se rompe con viejas costumbres y no se contraen nuevas sin sufrir ciertas inquietudes y dificultades. Timidez, hábito de esperar órdenes, miedo de errar torpemente y de causar la risa de sí mism@; se tendrá que luchar contra infinidad de cosas antes de llegar al funcionamiento regular, metódico, ordenado, normal, de una nueva organización social.

Lo importante será que se familiaricen, tan pronto como sea posible, las poblaciones, una vez rotas sus cadenas con las exigencias de la hora que pasa y las posibilidades de hacerles frente. L@s anarquistas trabajarán sin cuenta con este fin.

En este terreno, la tarea se realizará relativamente fácil por las agrupaciones que existen en la actualidad y que van multiplicándose y ensanchándose de un modo continuo, en función misma de las necesidades que progresan.

Extendiéndose hoy día también a la mayoría de las manifestaciones de la vida en sociedad, estas asociaciones han sobrepasado, desde hace mucho tiempo el círculo de las necesidades materiales; éstas abarcan la casi totalidad de las necesidades intelectuales y morales que experimenta el hombre del siglo XX. Estas recogen cada vez más los límites locales, regionales y nacionales y se organizan internacionalmente.

La suerte de estas asociaciones queda entre las manos de sus miembros; el pacto sobre el cual descansa cada una de ellas está establecido por l@s mism@s interesad@s. Su desenvolvimiento se regula sobre la libre voluntad de sus adherentes y no está condicionado más que por la necesidad de su extensión. El estudio imparcial y racional de este vasto movimiento asociacionista nos da una idea suficiente del papel que está llamado a jugar en un medio social libertario, que, desde los primeros días de su advenimiento, sabrá utilizar, para la buena marcha de la sociedad nueva, las asociaciones existentes, tales como los sindicatos de productores, las

cooperativas de consumidores, las sociedades nacionales e internacionales de enseñanza, de higiene, de urbanización, de estudios científicos, de trabajos artísticos, de turismo, de deporte, de música, de gimnástica, etcétera.

Desembarazadas de servidumbres que le son impuestas actualmente por las dificultades financieras, jurídicas y nacionales, estas asociaciones serán indicadas las más naturalmente, para sentar las bases de una inteligencia fácil y de una organización práctica correspondientes a la satisfacción de todas las necesidades del individu@ y de la colectividad. En Mi comunismo, la felicidad universal, he escrito minuciosamente cómo concibo, prácticamente, la reconstrucción social de la cual hablo aquí. Invito al lector que le interese este problema, a consultar este volumen de 400 páginas únicamente consagradas a esta opinión.

"Conclusión". En el fragor de la batalla, apenas terminada y coronada por la victoria, la muchedumbre no regateará su confianza a l@s compañer@s valientes, que, por la valentía de sus iniciativas, por la intrepidez de su acción y el ejemplo de su desinterés, habrán sido l@s mejores obrer@s de esta victoria. Sabiendo claramente lo que quieren a todo precio, y, mejor aún, lo que no quieren a ningún precio, l@s anarquistas aprovecharán esta confianza, de la cual se habrán demostrado dign@s, para oponer a toda tentativa de dominación política o de explotación económica un frente de batalla sólido, invencible. Su tarea no se detendrá aquí. Consistirá aún en evitar las desviaciones y las falsas maniobras; ésta se aplicará, sobre todo, a hacer inmediatamente tangibles las ventajas que una verdadera Revolución debe poner a disposición de tod@s. Puestas en posesión de estas ventajas, las masas no se dejarán desposeer de ellas ni por el enemig@ del interior ni por el del exterior.

L@s anarquistas se consagrarán con ardor a inspirar y a secundar vigorosamente los esfuerzos de las masas trabajadoras, buscando en ellas mismas y hallando en su potencia creadora, en sus aptitudes naturales aliadas a su experiencia, las formas superiores de la producción fraternal y del reparto equitativo de las riquezas, cuya única fuente es el Trabajo. L@s camaradas no descuidarán su vigilancia, mientras no estén destruidas todas las instituciones de rapiña y de opresión; ésta no se suavizará hasta que el amor y la práctica de la vida libre hayan saturado tan fuerte al hombre nuev@, que todo retorno ofensivo de las conspiraciones autoritarias será reducido a la impotencia.

Cuando las multitudes obreras y campesinas hayan tomado en sus manos sus propios destinos; cuando en posesión de su auto-dirección, éstas hayan adquirido la maestría de sus movimientos, de sus pensamientos y de sus sentimientos, no tardarán en poner en sí mismas esta confianza que, en todo tiempo, l@s jefes se han esforzado en inculcarles, con la finalidad de explotar en su provecho la creencia de las multitudes engañadas en la necesidad de las Providencias, de l@s Salvadores y de las Elites dirigentes.

Entonces , gracias a la inteligencia libre, gracias al acuerdo fraternal, que l@s Am@s no podrían ya perturbar más, gracias, al fin, al espíritu de solidaridad que surgirá, naturalmente, de la desaparición de las clases y de la reconciliación de los intereses individuales, se edificará una estructura social siempre más bella, más espaciosa, más amplia y más luminosa, donde cada un@ se instalará según sus conveniencias y en la cual tod@s l@s human@s saborearán las delicias de la paz, la dulzura del bienestar, las alegrías de la cultura y los incomparables beneficios de la Libertad.

[1]El Dolor Universal. "Bienestar y Libertad" fue escrito en 1894 por Sebastián Faure. (Nota del editor)



TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Textos libertarios (III) - Isaac Puente
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ La ley del número - Ricardo Mella
- ★ La coacción moral - Ricardo Mella
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Textos libertarios (IV) - R. Rocker y W. Tcherkesoff
- ★ El Estado y su papel histórico - Pedro Kropotkin
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure
- ★ Textos ateos - Sebastián Faure
- ★ Del desarrollo al decrecimiento - Jean Pierre Tertrais
- ★ 1936. La revolución olvidada - varios autores
- ★ Anarcosindicalismo •teoría y práctica• - R. Rocker
- ★ Justicia y Libertad - Pierre-Joseph Proudhon
- ★ El anarquismo contra la locura militar - L. Tolstoi y R. Rocker
- ★ Dios y el Estado - M. Bakunin
- ★ De la huelga salvaje a la autogestión generalizada - Ratgeb
- ★ Anarquismo básico
- ★ La psicología de masas del fascismo - Wilhelm Reich
- ★ La anarquía - Sebastián Faure
- ★ Dinamita cerebral -Antología de los cuentos anarquistas más famosos-
- ★ El sindicalismo - Sebastián Faure

